

Arabia Saudí: un gigante con pies de petróleo. Dinámicas internas y retos regionales

Itxaso Domínguez de Olazábal

Documento de Trabajo Opex N° 83/2017



Itxaso Domínguez de Olazábal

Investigadora en U.S. / Middle East Project, una organización con base en Londres y Nueva York que tiene como objetivo impulsar la paz, la dignidad y los derechos humanos en Oriente Próximo, muy particularmente en relación con el conflicto palestino-israelí, y que realiza acciones de advocacy y análisis. Cuenta además con dos títulos de master: uno en Política y Democracia y otro en Derecho Empresarial y de la UE. Ha trabajado como consultora en asuntos públicos en KREAB Madrid, como asesora e investigadora en el ámbito de las relaciones internacionales para la exministra de Asuntos Exteriores Ana Palacio, en el despacho del eurodiputado Enrique Guerrero Salom y en la sección política de la Delegación de la Unión Europea en Egipto. Habla francés, inglés y árabe y ha ejercido como abogada en Garrigues Madrid y Cleary, Gottlieb, Steen & Hamilton en Bruselas. Ha viajado por Oriente Próximo y Norte de África. Escribe con regularidad para medios especializados como Política Exterior, Esglobal, YourMiddleEast o Passim, o para medios generalistas como Agenda Pública.

Ninguna parte ni la totalidad de este documento puede ser reproducida, grabada o transmitida en forma alguna ni por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de la Fundación Alternativas.

© Fundación Alternativas
© Itxaso Domínguez de Olazábal

Maquetación: Vera López López
ISBN: 978-84-15860-65-5
Depósito Legal: M-1959-2017

Impreso en papel ecológico 



Índice

RESUMEN - ABSTRACT	4
RESUMEN EJECUTIVO	5
1. DIMENSIÓN DOMÉSTICA	7
1.1. La alianza entre los Saud y el wahabismo	7
1.2. De Estado rentista a económica diversificada	10
1.3. Una sociedad en movimiento	15
1.4. Autoritarismo y represión	17
1.5. Las amenazas potenciales	21
1.6. Los dilemas sucesorios de la Casa de los Saud	23
2. DIMENSIÓN INTERNACIONAL	27
2.1. Un 'socio indispensable' para Occidente	27
2.2. Política exterior saudí y wahabismo	31
2.3. La nueva Guerra Fría de Oriente Próximo	37
2.4. Los frentes de la batalla	40
3. CONCLUSIONES	46
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	51

Resumen - Abstract

Resumen

A pesar del creciente papel que desempeña en Oriente Próximo, Arabia Saudí sigue siendo un gran desconocido. Poco se sabe de este reino, más allá de ciertos lugares comunes repetidos con frecuencia relativos a su riqueza energética, su inquebrantable alianza con Estados Unidos o su patrocinio del islam wahabí. En el curso de los últimos años, Arabia Saudí ha afianzado su centralidad en el sistema árabe y ha puesto en marcha una política cada vez más intervencionista en una región sumida en una inestabilidad crónica. El propósito de este documento de trabajo es precisamente abordar su situación doméstica (la alianza entre los Saud y el wahabismo, las reformas económicas, los cambios demográficos, las tendencias autoritarias y los retos securitarios) y su anclaje regional (la relación con Occidente, su rivalidad con Irán, su reacción ante la Primavera Árabe y su papel en los conflictos regionales que sacuden Oriente Próximo).

Abstract

In spite of its rising role in the Middle East, Saudi Arabia has never ceased to be somewhat a stranger. Beyond certain recurring common places as regards its energetic wealth, its unshakeable alliance with the United States, or its patronage of Wahhabi islam, little is known about the kingdom. Over the last few years, Saudi Arabia has reaffirmed its central role within the Arab system and has embarked upon an increasingly interventionist policy in a region plagued by chronic instability. The purpose of this working paper is to address both the domestic situation (the alliance between the Sauds and Wahhabism, economic reforms, demographic changes, authoritarian tendencies and security challenges) and its regional anchorage (a privileged relationship with the West, the rivalry with Iran, the response to the Arab Spring and its engagement in regional conflicts distressing the Middle East).

Resumen ejecutivo

En las últimas décadas, Arabia Saudí ha pasado de ser considerado un país dentro de un Golfo Pérsico complaciente y, en cierta medida, marginal para el mundo árabe a ocupar un papel central tanto en lo que respecta al sistema árabe como al mundo sunní. Sin embargo, el reino presenta numerosas fracturas que apuntan a una inflexión interna: de un territorio con un control total tanto sobre su propia población como sobre su vecindario a un reino en una situación delicada a punto de sucumbir a presiones externas e internas.

Este documento de trabajo analiza la situación saudí apoyándose en dos ejes: la dimensión doméstica y la dimensión internacional. En lo que a la primera respecta, el reino saudí es el resultado de una alianza entre la Casa de los Saud y el fundador del wahabismo, una asociación que permitiría a ambos legitimarse mutuamente e imponer su autoridad sobre los ámbitos político y religioso respectivamente. Esta alianza se ha mantenido vigente hasta hoy en día, lo que ha permitido garantizar cierta paz social, para lo cual también ha sido determinante su riqueza petrolífera. Sin embargo, esta situación podría revertirse en el caso de que se avance en el proceso de transición de un Estado rentista a una económica diversificada, lo que implicaría una revisión del pacto social vigente hasta hoy en día.

Debe tenerse en cuenta en este sentido, que la población saudí es la más joven de todo el mundo árabe y que las nuevas tecnologías le permiten estar más informada e interconectada que las anteriores generaciones. Son, por lo tanto, más conscientes de la ausencia de derechos elementales y también más críticos con las lógicas autoritarias imperantes. El hecho de que el wahabismo haya permeado todo el sistema educativo hace que parte de los elementos críticos a la monarquía se inclinen por un mayor rigorismo e, incluso, sintonicen con los postulados de los grupos yihadistas presentes en la región. A ello debe sumarse el cuestionamiento generalizado del *establishment* religioso por su proximidad al poder, lo que podría crear una mezcla explosiva que pusiera en jaque al país, al sistema y, muy particularmente, a la familia real. Todo apunta además a que la Casa de los Saud se enfrentará en estos próximos años a un dilema sucesorio representado en las figuras del príncipe heredero Muhammad Bin Nayef y Muhammad Bin Salman, hijo

del monarca actual y segundo en la línea sucesoria, que ha logrado acumular más poder que ninguno de sus predecesores.

En lo que respecta a la dimensión internacional, la vigencia de la alianza entre Arabia Saudí y Estados Unidos, gracias a la cual el reino ha disfrutado de estabilidad interna y ha proyectado su hegemonía regional, viene siendo cuestionada desde los atentados del 11-S de 2001 y podría serlo aún más tras el acceso a la presidencia de Donald Trump. Esta coalición se erige en paradigma de cómo Arabia Saudí se ha convertido en un 'socio indispensable' para Occidente, también para España, durante estos últimos años y décadas por muy variadas razones, entre las que destacan: la importancia de los hidrocarburos, el comercio y la inversión y la garantía de un aliado fiel en la región frente a un díscolo Irán. La solidez de esta alianza ha quedado en entredicho a consecuencia de la promoción del wahabismo a escala mundial y, más peligroso aún, de las supuestas relaciones entre wahabismo y yihadismo. El distanciamiento norteamericano de la región ha creado un vacío político en el que ha crecido la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán en el contexto de una nueva Guerra Fría en Oriente Próximo que, como su nombre indica, se despliega en numerosos frentes de la batalla como Siria, Irak y Yemen.

1. Dimensión doméstica

1.1. La alianza entre los Saud y el wahabismo

Arabia Saudí no se puede comprender sin aludir al islam y a la alianza entre los Saud y el wahabismo, que el académico libanés Georges Corm denomina 'santa alianza entre petróleo y religión'. El país es la cuna del islam, lugar donde nació el profeta Mahoma y donde están ubicados los santuarios de La Meca y Medina. La aparición del Reino es el resultado de una alianza entre la dinastía gobernante y el movimiento rigorista wahabí. Sus orígenes se remontan a la conquista del oasis Diriyya por Muhammad Ibn Saud a mediados del siglo XVIII, apoyado por un clérigo salafista conocido por su interpretación rigorista de la religión y su visión de monoteísmo estricto llamado Muhammad Ibn Abd Al-Wahab. El germen de lo que hoy es Arabia Saudí reposa sobre un acuerdo entre ambas figuras, que se comprometieron a combinar sus fuerzas para promover esta interpretación puritana del islam. Según la narrativa oficial saudí, esta alianza apartó a las tribus locales de la herejía y la blasfemia, al tiempo que erradicó el islam popular y toda práctica o creencia tachada de incompatible con el islam.

Este pacto entre las autoridades políticas y religiosas se mantiene en vigor hoy en día. En virtud de este acuerdo de ayuda mutua y reparto de poder, los ulemas wahabíes, provenientes de la región de Najd y aún hoy encabezados por un descendiente de Abd al-Wahab, se erigen como garantes de la legitimidad política de la Casa de Saud y, a cambio, estos -encabezados por el monarca, que también es custodio de los Santos Lugares de La Meca y Medina- se abstienen de interferir en los asuntos religiosos. Esta alianza se basa, a nivel simbólico, en que los Saud gobernarán de acuerdo con el principio islámico de 'promoción de la virtud y prohibición del vicio' (amr bi-l-ma'ruf wa-l-nahy 'an al-munkar). Las elites religiosas, así como las económicas y políticas, reconocen el papel preponderante de la Casa de los Saud mediante un juramento de fidelidad (bay'a) similar al que le ofrecieran las elites mecenas a Mahoma tras la conquista de la ciudad.

En un primer momento, y con el fin de garantizar la estabilidad durante el período de fundación del Estado moderno, Abd al-Aziz Bin Saud puso en marcha una política de tolerancia respecto de las diversas escuelas religiosas y las minorías confesionales presentes en el Reino, concediéndoles libertad de culto a cambio de

lealtad al Estado. Esta situación no duró mucho, ya que pronto se impuso como doctrina oficial la jurisprudencia hanbali, basada en una interpretación literal de los textos y considerada la escuela de pensamiento más rigorista entre las existentes, y sus ulemas tomaron el control de las instituciones religiosas, judiciales y educativas. Al mismo tiempo se prohibió la práctica de cualquier religión que no fuera el islam wahabí. El wahabismo representa en realidad la primera doctrina política y religiosa sunní de resistencia contra el orden establecido en aquel entonces: el del Califato otomano. El wahabismo pretende recrear la primera etapa del islam: la de los ancestros (salaf) o califas bien guiados que sucedieron a Mahoma. Para erradicar toda práctica ajena al islam wahabí se establecieron unas milicias armadas (ijwan), que persiguieron tanto a quienes practicaban el islam popular como el islam chií, que fueron tachados de infieles (kuffar) o renegados (rafidun).

Tras el establecimiento del reino moderno en 1932, los Saud optaron por una política pragmática que aceptaba las reglas del juego en forma de fronteras y alianzas (con las tribus locales, con los mercaderes de Yedda y con la oligarquía político-militar del Najd y los gremios de La Meca y Medina). A su vez renunciaron a la utopía que representaba la expansión del wahabismo por el conjunto de la península Arábiga. Valoraban la estabilidad como un instrumento para aislar al país de las turbulencias que ya por aquel entonces se hacían sentir en la región. Símbolo de esta tendencia fue el 'matrimonio de conveniencia' con Estados Unidos en virtud del Pacto de Quincy firmado el 14 de febrero de 1945 por Abd al-Aziz Bin Saud y Franklin Roosevelt, que garantizaba la protección militar de la monarquía saudí a cambio de acceso a sus reservas petróleo bajo el principio 'petróleo por seguridad'.

La familia real aprovechó los cuantiosos beneficios derivados de la extracción de petróleo durante el boom a mediados de los 70 para erigir un moderno Estado de bienestar. Utilizó los beneficios de Aramco (la hoy nacionalizada Arabian-American Oil Company) para transformar un país desértico (a excepción de algunas zonas desarrolladas como Yedda o las propias La Meca y Medina), a lo que ayudaron los estadounidenses proporcionando conocimientos y experiencia burocrática. Al hacerlo, la monarquía reforzaba su legitimidad y neutralizaba cualquier demanda de reforma. Al mismo tiempo se creó una sofisticada administración central y, poniendo cuidado en respetar la base tribal de la sociedad, se cimentó un sentimiento nacionalista a lo largo y ancho de la sociedad. En 1971, el Rey Faisal creó el Consejo de los Ulemas, foro destinado a homogeneizar el proceso de autorización y aprobación de los edictos religiosos. El boom del petróleo también permitió a Arabia Saudí ocupar un papel central en el sistema árabe e imponerse definitivamente al Egipto panarabista como principal fuente de autoridad en la Liga Árabe, en especial tras la derrota de Naser en la guerra de los Seis Días.

El año 1979 fue crucial para la sociedad y el aparato religioso saudí. La legitimidad de base islámica de la familia real saudí recibió un importante golpe con la Revolución en Irán, muy particularmente ante la reivindicación por parte de la recién creada república teocrática chií de disputarle su hegemonía religiosa. La ocupación de la Gran Mezquita de La Meca por los seguidores de Yuhayman Ibn Muhammad Ibn Sayef al-Otaybi, un antiguo miembro de la Guardia Nacional saudí, como protesta contra la corrupción de la familia gobernante y la relajación moral socavó aún más la legitimidad de los Saud y les obligó a reforzar sus credenciales wahabitas. Con la bendición de los ulemas, el reino envió un ejército de voluntarios

y fondos casi ilimitados a la yihad afgana contra los ocupantes soviéticos. Cuantioso capital saudí también comenzó a circular hacia mezquitas y medersas en diversas partes del mundo, sentando las bases de la exportación del modelo wahabí al resto del mundo islámico. Todo ello dentro del contexto de una revolución islámica doméstica con el fin de restaurar el prestigio de los Saud, de un 'renacimiento islámico' de largo alcance, especialmente en lo que a la educación y los valores públicos concernían. Se endurecieron asimismo las normas públicas, que se hacían cumplir con celo por la Mutawa, la policía religiosa que actuaba bajo el paraguas del Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio.

El nuevo sistema educativo, la financiación de la yihad afgana y la promoción del wahabismo crearon un caldo de cultivo en el cual nació un movimiento yihadista transnacional a finales de la década de los ochenta que, tras la invasión de Kuwait en 1990, se volvió contra de la propia familia gobernante. La llegada de cientos de miles de soldados estadounidenses y el establecimiento de diversas bases militares por Estados Unidos en el Golfo Pérsico reforzaron al movimiento yihadista. El entonces Gran Muftí del reino, Abd al-Aziz bin Baz, así como los denominados 'ulemas de palacio', justificaron la presencia de los estadounidenses con el argumento de que se trataba de una situación extrema para el país y la región. Muchos otros clérigos condenaron abiertamente esta fatua. En algunas de las mezquitas y las medersas del reino se animó directamente a los fieles a que actuaran contra los infieles y se unieran a las filas de la yihad.

Osaba bin Laden fue uno de los miles de jóvenes voluntarios que, en connivencia con las autoridades saudíes, partió hacia Afganistán y, con posterioridad, estableció la organización yihadista Al-Qaeda. 15 de los 19 suicidas de los atentados de 11 de septiembre de 2001 eran de nacionalidad saudí. Este hecho desencadenó las críticas sobre la influencia wahabí y el papel de los ulemas en la educación saudí. El 12 de mayo de 2003 se perpetraron una serie de ataques suicidas sincronizados en tres conjuntos residenciales para extranjeros de Riad que acabaron con la vida de 35 personas. La reacción de los servicios de inteligencia no se hizo esperar y se lanzó una implacable persecución de yihadistas que también fue aprovechada para cerrar medios de comunicación considerados liberales y perseguir a las figuras críticas con el régimen saudí.

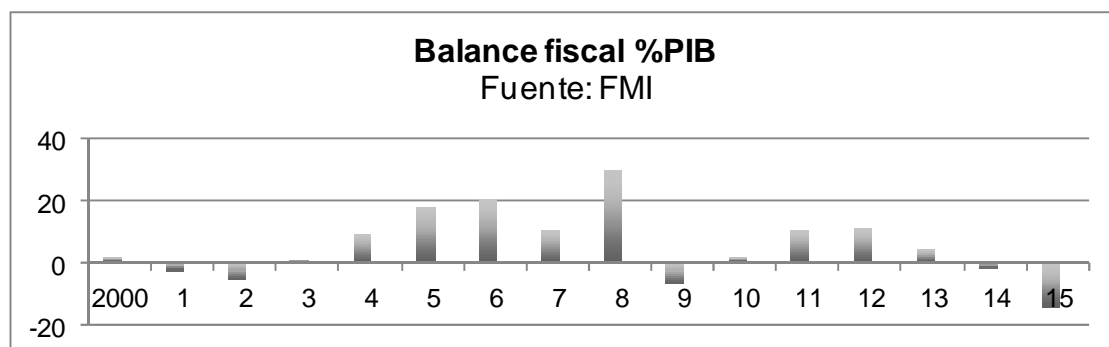
Los ataques terroristas de Riad en 2003, seguidos por episodios que hasta 2006 dejaron tras de sí cientos de muertos, avivaron el intermitente debate sobre la relación entre wahabismo y yihadismo. El Gobierno reaccionó creando el Centro Rey Abd al-Aziz para el Diálogo Nacional. En una de sus reuniones se llegó a convenir que los programas religiosos en Arabia Saudí habían sido un componente vital de la difusión del extremismo en la sociedad saudí. Esta creencia llevó a tímidos esfuerzos de cara a la galería, confrontados con una ausencia de voluntad real de enfrentarse al clero wahabí y limitar sus prerrogativas. Tal enfrentamiento frontal muy probablemente hubiese acentuado la contestación interna. El principal ámbito al que se dirigieron las reformas fue el educativo. La iniciativa más destacada de Abdullah en este sentido fue la puesta en marcha de un programa de becas en el extranjero que ha permitido y aún permite estudiar en centros de prestigio extranjeros a decenas de miles de jóvenes saudíes y que, según los elementos más conservadores, pone en peligro la propia esencia de la sociedad saudí.

Walter Lippman señala que la proliferación de fatuas por clérigos saudíes sobre temas controvertidos como la segregación de sexos o las protestas evidencia que las reglas de comportamiento no están completamente codificadas. Esto permite tanto a la familia gobernante usar la religión para intensificar o aflojar su autoridad según sea necesario, como a los ulemas mostrar su lealtad. Resulta interesante señalar que los ulemas han ejercido poca o ninguna influencia a la hora de fijar las directrices en torno a política exterior, seguridad interior, desarrollo económico, producción de petróleo y fijación de precios, redistribución de la riqueza y participación política.

1.2. De Estado rentista a económica diversificada

Resulta imposible hablar del país más rico de Oriente Próximo sin aludir al petróleo, recurso del que es al mismo tiempo el segundo país productor -recién adelantado por Estados Unidos-, el segundo en reservas -después de Venezuela-, y el principal exportador del mundo. La historia de Arabia Saudí cambió en 1938, cuando el ingeniero de minas americano Karl Twitchell descubrió que su territorio atesoraba las principales reservas mundiales de petróleo. En la actualidad se estima (los datos oficiales son confidenciales) que entre el 77 y el 88% del presupuesto del Estado se basa en los ingresos de petróleo.

No obstante, se ciernen nubes sobre el horizonte, ya que las estimaciones más optimistas apuntan a que las reservas saudíes totales no durarán más allá de 15-20 años. Un informe de Chatham House advertía en 2011 que, siguiendo el ritmo de



extracción actual, el reino podría convertirse en un importador neto de petróleo en el año 2038. Por otra parte, y a medida que los precios del petróleo han ido disminuyendo desde mediados de 2014, el gasto público se ha intensificado. En 2015 Arabia Saudí registró un déficit presupuestario de 100.000 millones de dólares, que es además el más elevado de toda su historia, y que a finales de 2016 alcanzó el 13% del PIB. A mediados de febrero de 2016, Standard & Poor rebajó la calificación de crédito soberano a largo plazo de Arabia Saudí a A-. Ello a pesar de que el Reino sigue siendo un país enormemente rico: sus activos en el exterior netos suman casi 600.000 millones de dólares, mientras que sus niveles de deuda pública se encuentran entre los más bajos del mundo.

Dentro de este déficit público juegan un papel preponderante los subsidios, que hacen del petróleo y de la electricidad bienes extremadamente baratos en un país muy consumista. Los subsidios fueron creados para satisfacer a la población dando forma a un contrato social invertido: el consentimiento de los ciudadanos a un sistema de gobierno en gran parte no consultivo se mantiene gracias a

transferencias (bienestar, empleos, créditos blandos...), lo que habitualmente se suele denominar 'no taxation equals no representation'. Este es el modelo típico de las economías rentistas, pero los subsidios se están convirtiendo en una carga económica para el gobierno, ya que benefician a todos los estratos sociales sin excepción, incluidos los ricos y los expatriados. Una reducción de los subsidios no sólo afectaría al ciudadano medio, sino que también tendría un fuerte impacto en el sector industrial, que se beneficia del bajo costo de las materias primas y la energía eléctrica.

Una parte considerable de los presupuestos estatales se destina a cubrir los elevados gastos de la familia real, apodada en algunos círculos 'Al Saud Inc.': alrededor de 13.000 príncipes y princesas reciben una asignación mensual que varía de un par de miles a más de 250.000 dólares al año. En el gasto público también influye la política expansiva adoptada tras los levantamientos de 2011. Los gastos de defensa, también protegidos por secreto de Estado, se nutren de una gran porción de los ingresos del petróleo. Según las estimaciones del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), Arabia Saudí ha pasado de invertir de un 8 a un 10% de su producto interno bruto en gasto militar durante los últimos años, consecuencia de una política intervencionista en la región. El gobierno proporciona además dinero sin intereses a socios como Egipto, Jordania y Túnez, y utiliza una tercera parte del presupuesto nacional para financiar la construcción del metro de Riad.

La rivalidad de Arabia Saudí con Irán también ha provocado la utilización política del petróleo, o 'petrodiplomacia'. En los últimos años, los saudíes han dejado claro que consideran los mercados del petróleo como una primera línea de batalla contra Irán. Su táctica predilecta consistiría en 'inundar' de crudo el mercado para 'estrangular' la economía iraní y, de paso, socavar tanto la política energética rusa como la industria estadounidense del esquisto. A finales de 2014, a pesar de una disminución drástica de los precios del petróleo, Arabia Saudí bloqueó las exigencias de los miembros en situación más crítica de la OPEP de recortar la producción para detener esta caída de los precios mundiales y estabilizar el precio del crudo. Dirigió sin embargo sus esfuerzos a conservar su cuota de mercado. Su voluntad era que las enormes reservas de divisas, además de la emisión de deuda y el ahorro fiscal, bastaran para capear el temporal.

Parece sin embargo que Arabia Saudí se estaba disparando en su propio pie. Las autoridades saudíes no se esperaban que los precios del petróleo cayeran por debajo de 60 dólares el barril (36,20 dólares en diciembre de 2015 frente a 110 dólares en junio de 2014). La estrategia no funcionó en un primer momento, y los saudíes se mostraron incapaces de cerrar un pacto para hacer subir los precios del crudo en el seno de la cumbre de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Ante las cada vez mayores dificultades económicas, esta política fue revisada. El pasado 29 de noviembre la OPEP decidió rebajar la extracción en un 4% a partir de enero por primera vez en ocho años, acuerdo al que ya se sumaron 11 países productores no miembros de la OPEP, entre ellos Rusia. Este acuerdo engloba al 60% de la producción de petróleo mundial. Arabia Saudí (486.000 barriles/día) y el resto de países del Golfo (300.000) aceptaron asumir el grueso de los recortes, apostando por una rápida recuperación de los precios. Un mes más tarde, el precio del barril de crudo Brent había aumentado en un 20%.

Sin embargo, la principal incógnita reside en saber si Arabia Saudí será capaz de reducir su dependencia del petróleo. Desde hace años se viene hablando de la necesaria dinamización de la economía saudí, siguiendo el ejemplo de los Emiratos Árabes Unidos. El Rey Abdullah intentó avanzar por ese camino, pero con demasiada frecuencia fueron los burócratas y mandos intermedios los que pusieron el freno, por miedo a la oposición conservadora. Muhammad Bin Salman, el todopoderoso ministro de Defensa y segundo en la línea de sucesión, fue nombrado por el Rey Salman presidente de la comisión encargada de la reforma económica y de la empresa nacional de petróleo Aramco. Su Plan Visión 2030, del que hablaremos más adelante, recoge un programa de reformas que debería adoptar el reino para reducir la dependencia del petróleo.

Es cierto que el sector no petrolero ha experimentado un cierto crecimiento, pero todavía es insuficiente: la industria de procesamiento representa únicamente el 10% de la producción nacional bruta y, aún así, el 65% de esta cifra depende en realidad de la industria petroquímica. El sector privado sigue siendo muy débil y está en manos de un grupo reducido de ricos empresarios, por regla general vinculados a las autoridades, que a su vez depende enormemente de los ingresos procedentes del petróleo. Saudi Aramco es sin lugar a dudas la empresa más eficiente del país. Se estima que está valorada en más de 2,5 billones de dólares.

El PIB per cápita ascendió en 2015 a 19.060 euros. No obstante, un importante parte de los más de veinte millones de ciudadanos saudíes tiene que salir adelante con ingresos bastante inferiores y muchas familias apenas son capaces de llegar a fin de mes. Ello a pesar de que la asistencia sanitaria y la educación son gratuitas - aunque se trate a menudo de servicios de calidad limitada-, y de que el agua, la electricidad y la gasolina son generosamente subvencionados. De acuerdo con las estadísticas del Ministerio de Servicios Sociales, la línea de pobreza se sitúa en 1.800 reales (480 dólares) al mes. Según algunas fuentes, la mayor parte de trabajadores extranjeros no gana más de 1.000 reales (266 dólares) al mes. La mayor parte de los salarios van a parar al alquiler, las escuelas privadas y la sanidad privada. En un estudio publicado en 2014 por la Fundación Rey Khalid se señalaba que el 20% de los saudíes vivía bajo el umbral de la pobreza y que más del 75% de la población había contraído créditos a largo plazo.

Dentro de los 31,5 millones de habitantes en Arabia Saudí, se estima que 67% son ciudadanos saudíes y el 33% restante son extranjeros, la gran mayoría provenientes del Sudeste Asiático. La población incluye por tanto a más de ocho millones de residentes extranjeros registrados, muchos de ellos trabajadores manuales o trabajadores domésticos. A esta cifra habría que añadir los inmigrantes ilegales que se calcula que representan dos millones más y que entran con visas de peregrinos o por la porosa frontera con Yemen. Durante la anterior década de altos precios de petróleo, 2,7 millones de los 4,4 millones de puestos de trabajo creados recayeron sobre trabajadores extranjeros con contrato temporal, según la consultora McKinsey que asesora a las autoridades saudíes. De los 1,7 millones de puestos de trabajo ocupados por saudíes, 1,1 millones se enmarcaban dentro del sector público, donde los salarios son un 70% más altos que los pagados por empleadores privados.

Philippe Fargues señala que esta singularidad demográfica de los emiratos del Golfo no es resultado inevitable de la riqueza petrolera, sino más bien un producto

específico de la política del gobierno. El sistema de kafala o patrocinio para la importación de mano de obra de migrantes no sólo proporciona un suministro ilimitado de mano de obra barata, sino que también permite a ciertas categorías de ciudadanos extraer renta de esa mano de obra a bajo coste, bajo la forma de un porcentaje sobre parte de sus ingresos. Mientras que impulsa el crecimiento en el sector de los servicios (y pone a disposición una reserva de mano de obra barata en otros sectores como la construcción y la industria pesada), la externalización de funciones tanto proletarias como tecnocráticas ha excluido esencialmente los nacionales de estos países de competir en sus propios mercados de trabajo en términos salariales o meritocráticos.

El estado de bienestar saudí ha generado indolencia y apatía entre sus ciudadanos, a lo que las autoridades respondieron desde la década de 1990 con una política de 'saudización', que animaba a los ciudadanos saudíes a trabajar y a las empresas a emplearlos. Algunos analistas hablan de 'desempleo voluntario' al referirse a jóvenes 'mimados' por sus familias y el propio sistema. Cada año se gradúan y buscan trabajo entre 250.000 y 300.000 saudíes (más mujeres que hombres), tarea cada vez más difícil en un Estado hipertrofiado: el sector público está sobredimensionado -en muchas ocasiones se trata de trabajos poco exigentes- y el sector privado muestra poco interés en estos empleados apenas cualificados, prefiriendo extranjeros en su lugar. Se estima que la cifra oficial de desempleo roza ya el 12% (más del 30% en el caso de los jóvenes). El Fondo Monetario Internacional ha afirmado que, siguiendo las tendencias recientes, sería necesario un crecimiento anual de 7,5%, simplemente para reducir esta tasa a la mitad. La insatisfacción comienza a hacerse sentir en acontecimientos sin precedentes: al mismo tiempo que se anunciaba el Plan Visión 2030, obreros del Grupo Bin Laden amenazados con el despido prendieron fuego a la flota de autobuses municipales en protesta por el impago de sus salarios desde hace meses.

Desde la década de 1990 los esfuerzos de 'saudización' se han enfrentado a diferentes obstáculos como trabas burocráticas, la resistencia del sector privado, solicitudes fraudulentas de visados, un sistema educativo inadecuado, la aversión al trabajo manual o doméstico, el tabú sobre el empleo de las mujeres y una economía rígida intensiva en capital. A corto plazo es el sector privado el que representa el mayor freno. Muchos hombres de negocios son partidarios de la mano de obra barata e, incluso, recurren a lo que se denomina 'falsa saudización'. La situación está cambiando, y a pesar de los estigmas sociales, cada vez son más los saudíes que se postulan como cajeros en un banco, directores de hotel o taxistas. McKinsey también calcula que el próximo aumento de la población podría incorporar a más de 4,5 millones saudíes al mercado laboral, lo que exigiría una creación de empleo a un ritmo tres veces mayor del actual.

La estrategia bajista saudí ha producido un impacto negativo en el presupuesto del país. Esto tiene efectos directos en la capacidad del Reino para hacer frente a sus obligaciones financieras. El Fondo Monetario Internacional ha llegado a advertir que, si no aumenta el gasto público, los saudíes estarán en quiebra en 2020. Hasta ahora, Arabia Saudí podía mantener el gasto solicitando préstamos -en marzo de 2016 se rumoreó con que el reino se planteaba solicitar un préstamo de 6.000 a 8.000 millones de dólares- o recurriendo a las reservas (en la actualidad

alarmantemente escasas¹). Su déficit aumentó hasta un 15% del PIB en 2015. El 29 de diciembre de 2015 el Rey Salman pronunció un discurso anunciando recortes que marcaba, en sus palabras, el 'fin del islam de la riqueza'. Puesto que no puede recurrir a una moneda débil por estar vinculado el real con el dólar, la única salida parece ser una mayor austeridad. Riad anunció el 1 de enero de 2016 unos presupuestos ajustados con el objetivo de cerrar el año con un déficit de un 4%. Además, aumentó los impuestos sobre la electricidad para los mayores consumidores e incrementó los precios del agua, del combustible y del gas (creándose asimismo apoyos financieros para los más desfavorecidos). Privatizar algunos activos y servicios, como aeropuertos u hospitales, se presenta como el siguiente paso en el camino.

El 25 de abril de 2016 fue presentada al mundo por Muhammad Bin Salman, quien considera que 'ninguna reforma es tabú', el ambicioso Plan Visión 2030 para una Arabia Saudí con una economía modernizada que no dependa 'nunca más' del petróleo. El anuncio fue días después acompañado por una reestructuración gubernamental en la que destacaba la sustitución del ministro de Petróleo -ahora ministro de Energía, Industria y Recursos Minerales- por Khalid al-Falih, el antiguo Director General de Saudi Aramco. El objetivo es incrementar el Fondo de Inversión Pública (creado en 1971) reestructurando las inversiones, las empresas y otros activos propiedad del fondo. Abre en este sentido la puerta a la cooperación público-privada. Aramco representa uno de los pilares del proceso de reestructuración. Con la venta del 5% de sus acciones -en lo que se estima será la mayor OPV de la historia-, la compañía petrolera más grande del mundo, el país tiene como fin sentar las bases para convertir el Fondo en el mayor fondo soberano del planeta, en posición de diversificar las fuentes de ingreso nacional.

Otras medidas anunciadas, implementadas progresivamente por medio de los Programas de Transformación Nacional, incluyen recortar los salarios y beneficios de los trabajadores del sector público, crear una green card para que los trabajadores extranjeros musulmanes puedan residir en el país en el largo plazo, impulsar el uso de energía renovable y nuclear, intensificar los esfuerzos para aumentar la participación femenina en la fuerza laboral, reforzar la industria nacional de fabricación de armas, posibilitar la extracción de recursos minerales, promover el reino como centro financiero y de transporte, e impulsar la industria del turismo (lo que incluye planes como construir el museo de arte islámico más grande del mundo). En este sentido habría también que tener en cuenta las implicaciones geopolíticas que podría tener una Arabia Saudí menos dependiente del petróleo. Una economía diversificada seguirá dominando el mercado del petróleo, pero poner fin a la 'adicción' a los hidrocarburos podría provocar cambios de calado en las relaciones del país, tanto con la región como con el resto del mundo.

El objetivo último del Plan Visión 2030 es duplicar el PIB del país aumentando la producción industrial del sector privado. Tres son los objetivos más específicos fijados para 2030: figurar entre los 15 países más competitivos del mundo,

¹ Las reservas han caído de su pico de 737.000 millones de dólares en agosto de 2014 a 672.000 millones de dólares en julio de 2015, a un ritmo de 12.000 millones de dólares al mes. El FMI advirtió en octubre de 2016 que las reservas podrían agotarse en cinco años en el caso de que los precios del petróleo se mantuvieran bajos y que el gasto público no se redujese.

aumentar en un 50% la inversión extranjera en el reino y conseguir que el sector privado represente el 65% del PIB. A esto se une que el desempleo baje de 12,1% de 2016 a 7,6% en 2030. La inspiración liberal de esta Visión 2030 bebe de las nociones de competitividad, apertura y privatización. No son pocas las voces críticas que consideran que la estrategia es escasamente viable, que no tiene en cuenta las características estructurales de la economía saudí y que se trata de una mera declaración de intenciones con vistas a la transición dinástica.

Con el presupuesto de 2016, un gobierno que nunca había gravado a los ciudadanos preparaba a la población para un cambio de modelo, un nuevo contrato social en el que los saudíes también contribuyan a las arcas del Estado, una medida escasamente popular. Un reino aturdido por el colapso de los precios del petróleo se embarcaba en una transformación económica retrasada en múltiples ocasiones que exige sacrificios; no sólo en forma de precios más altos de productos básicos, sino sobre todo de impuestos nunca vistos², el primero de un 5% sobre el valor añadido para todos sus ciudadanos, en un movimiento coordinado con el resto de miembros del Consejo de Cooperación del Golfo. En esta coyuntura desfavorable también se planteó el debate sobre la reforma fiscal. Sin embargo, los ciudadanos y varios expatriados mostraron su preocupación por los efectos inflacionarios de la medida. Los primeros son conscientes de sus derechos adquiridos y sus privilegios, y están mejor organizados a la hora de reclamar o expresarse contra cualquier cambio y las reivindicaciones en torno a salarios o subsidios son las únicas mínimamente toleradas por las autoridades.

1.3. Una sociedad en movimiento

El modelo económico saudí muestra signos inconfundibles de agotamiento e incapacidad para hacer frente a una sociedad cada vez más joven. La sociedad saudí está inmersa en una carrera contra el tiempo. Entre 1950 y 2017 la población se ha multiplicado por diez pasando de 3 a 30,5 millones. La tasa de natalidad ha caído considerablemente desde comienzos de siglo, pero la población sigue creciendo a una media de más del 1,5% al año. A finales de 2016, el 70% de la población tenía menos de 30 años y un 50% menos de 15. Se espera que la edad media se estabilizará en torno a los treinta años en 2026.

Los jóvenes en Arabia Saudí se enfrentan, entre otros, a tres problemas como son el elevado desempleo, las dificultades para acceder a una vivienda y la incapacidad de gestionar sus expectativas de manera adecuada. Entre otros factores, ya explicados previamente, el desempleo se deriva de un sistema educativo anquilosado y basado en curricula que ponen más énfasis en los principios religiosos que en las aptitudes que buscan los empleadores, tal y como demuestra el último informe PISA ampliado. El desempleo genera a su vez una evidente alienación social: cuando los jóvenes no tienen trabajo o tienen acceso a un sueldo precario, se enfrentan a serios problemas para encontrar pareja, los matrimonios se posponen indefinidamente y la frustración se acumula. A esto se añade las

² Arabia Saudí nunca había impuesto ningún tipo de impuestos en el pasado, excepto sobre los rendimientos de empresas extranjeras que operan en el interior del Reino, que tributan el 20% de sus ganancias y el 5% de sus transferencias anuales; o el impuesto de 2% dedicado al *zakat* (caridad como uno de los cinco pilares del islam) sobre las compañías saudíes y del Golfo.

dificultades a la hora de acceder a la vivienda debido a los elevados precios y a las trabas que ponen los bancos para conceder préstamos.

Un factor que va a desempeñar un importante papel en los próximos años lo representa el regreso de las decenas de miles de estudiantes que han estudiado en el extranjero en el marco del programa de becas impulsado por el Rey Abdullah y la progresiva aparición de contradicciones en el seno de la juventud. Los jóvenes están además hiperconectados con el resto del mundo: la tasa de penetración de teléfonos móviles entre los nacionales de Arabia Saudí se ha elevado un 170% en los últimos años y, hoy en día, el 60% de la población tiene conexión a Internet. Arabia Saudí tiene el mayor número de usuarios de Twitter en relación con usuarios de Internet del mundo. Algunos saudíes llaman a Twitter su 'Parlamento', en un símbolo de la ausencia de cualquier foro de entretenimiento en combinación con un excesivo tiempo libre en el caso de muchos saudíes y, en general, de un espacio público casi inexistente³. La encuesta *Arab Youth Survey*, que incluye a entrevistados de Arabia Saudí, revela que un 52% de los jóvenes árabes en la región considera que la religión tiene un papel demasiado grande.

Ante el enfoque paternalista, en el que son tabú conceptos como transparencia o rendición de cuentas, que caracteriza el funcionamiento de las autoridades se ha intensificado la desconexión no sólo con las nuevas generaciones sino también con el grueso de la población. En los últimos años ha crecido el descontento por la corrupción y la *wasta* (los 'contactos' o 'enchufes'), imprescindibles a la hora de acceder a determinados puestos. Además, la población debe hacer frente a una inflación rampante que ha deteriorado la calidad de vida e intensificado las desigualdades. A este turbulento escenario deben añadirse los efectos colaterales de un éxodo rural incesante hacia las grandes urbes. Así lo evidencian los suburbios de Riad y Yedda, afectados por la pobreza, las drogas y la violencia callejera.

El estado de los derechos de la mujer también nos sirve como barómetro de la sociedad saudí, dividida entre sus creencias más acérrimas y el ansia de una mayor libertad. De acuerdo con un ranking, entre 144 países, de igualdad de género compilado por el Foro Económico Mundial, tan sólo Irán, Yemen y Siria se sitúan por debajo de Arabia Saudí. Las mujeres sufren una doble discriminación tanto en la ley como en la práctica, tanto en el ámbito público como en el privado. Las mujeres están subordinadas a los hombres en la legislación, especialmente en lo relacionado con los códigos de familia que regulan todo lo relativo al matrimonio, el divorcio, la custodia de los hijos y la herencia. A pesar de los esfuerzos del gobierno, la violencia en el ámbito familiar es endémica. En diciembre de 2015 se permitió por primera vez a las mujeres votar y presentarse como candidatas en las elecciones municipales, aunque sin posibilidad de realizar campaña públicamente entre los votantes varones. En total fueron elegidas 21 mujeres en los 2.106 escaños municipales asignados por sufragio directo. Controvertido también es el sistema de custodia, que impide a las mujeres realizar actividades básicas sin el permiso de un familiar masculino, a favor de cuya eliminación han firmado miles de saudíes.

³ Una de las principales fuentes de entretenimiento para los más privilegiados es cruzar el puente que une al país con Bahrein, en donde pueden disfrutar de actividades prohibidas en territorio saudí, como consumir alcohol o ir al cine. El Gobierno ha creado recientemente una Comisión de Entretenimiento que estudie opciones como inaugurar salas de proyección o parques de atracciones para impulsar el turismo al interior del país.

Las nuevas tecnologías también promueven cambios significativos. Internet ha sido el foro en el que han surgido las principales reivindicaciones políticas, entre las que destacan las reacciones al Miércoles Negro del 25 de noviembre de 2009⁴, o el video de Manal al-Sharif al volante colgado en YouTube en mayo de 2011. Este tipo de manifestaciones o protestas virtuales resultan en cierto modo útiles a la hora de aliviar la frustración de muchos ciudadanos. La presencia masiva de saudíes en las redes explica asimismo la exponencial aparición de predicadores vía Internet, así como el que los propios miembros de la familia real sean cada vez más visibles en el ciberespacio.

Antes de 2011, la censura de páginas web no era una práctica extendida en Arabia Saudí. Después de la denominada Primavera Árabe, el gobierno comenzó a imponer restricciones más severas e hizo un uso arbitrario de regulaciones que poco o nada tenían que ver con las redes, como la propia Ley antiterrorista de 2014. Las autoridades han incrementado también su control sobre los medios de comunicación y redes sociales recurriendo a un software específico que les permite tener acceso a los intercambios y accesos de los usuarios. La represión se ha intensificado, tanto *online* como *offline*.

¿Podría esta combinación entre insatisfacción creciente y un discurso de hastío representar un caldo de cultivo para la radicalización, como ha ocurrido en otras ocasiones? Ante esta posibilidad, el Gobierno ha adoptado reformas graduales en ámbitos muy específicos, malabarismos que por encima de todo evitan movimientos súbitos que puedan alienar a los sectores más conservadores de la sociedad saudí. Muhammad Bin Salman, el hijo del rey y hombre fuerte del régimen, se ha mostrado en numerosas ocasiones a favor de una estrategia incrementalista, pero ha descartado cambios bruscos que puedan desestabilizar al reino.

1.4. Autoritarismo y represión

El proceso de creación del Reino fue simultáneo a la consolidación de la élite gobernante, algo que generó una completa identificación entre la dinastía Saud y el Estado. El país encarna un modelo de 'autoritarismo cerrado' caracterizado por el no reconocimiento de gran parte de libertades y derechos civiles y políticos y el intento de homogeneización sobre la base de prebendas y castigos. No puede hablarse en este caso ni de pluralismo, ni de acceso al poder por medios democráticos, ni tampoco de separación de poderes. En un país donde no existen los partidos políticos ni tampoco la sociedad civil, resulta difícil hablar de oposición. En Arabia Saudí, la participación electoral se ha limitado a la elección de representantes locales desde 2005: una mitad de los miembros de los consejos locales es elegida, mientras que la otra mitad alcanza el puesto por designación real. Los consejos locales, no obstante, poseen funciones meramente consultivas.

En un país donde el único texto legal *per se* es el Corán son escasas las voces disidentes de naturaleza no islamista. Fue precisamente en el nombre de los valores islámicos que varios intelectuales empezaron, en los años noventa y tras la Guerra del Golfo, a criticar el poder. La reacción del Rey Fahd fue intensificar la represión doméstica y poner el énfasis en la renovación exterior: adoptó una serie

⁴ Inundaciones en Yedda que provocaron una enorme indignación popular, arrojaron luz sobre varios escándalos de corrupción y forzaron dimisiones entre las autoridades.

de cambios para satisfacer a la comunidad internacional, mientras encerraba a los intelectuales en el interior del país. Lo mismo ocurrió en 2003 y 2004 cuando parecieron una serie de manifiestos y peticiones que demandaban una profunda reforma de las instituciones. Esa vez, por miedo a represalias, los firmantes insistieron en su lealtad a la familia Al-Saud y en su deber religioso de exigir reformas. Se habló entonces de la Primavera de Riad.

Las sacudidas de la Primavera Árabe también se hicieron sentir, aunque en menor medida que en otros países del golfo Pérsico, incluida Arabia Saudí. La monarquía consiguió sin embargo sortear la suerte que siguieron otros líderes de la región como Ben Ali, Mubarak o Gadafi. El caos resultante pareció reforzar la posición saudí en lo que se ha venido a llamar la 'excepción monárquica' a los levantamientos de 2011, basada principalmente en el principio 'estabilidad ante todo'. Este 'excepcionalismo' es considerado uno de los éxitos del Rey Abdullah, consciente de que los levantamientos representaban una triple amenaza para la Casa de los Saud: riesgo de contagio, riesgo de perder su estatus de autoridad moral y garante de la estabilidad en el mundo sunní y ascenso al poder de formaciones islamistas, única fuerza organizada ante una oposición laica ausente o imperceptible.

La mayor amenaza la representó la convocatoria a través de Facebook en primavera de 2011 de un Día de la Ira, que fue compartida casi de inmediato por decenas de miles de usuarios. Las autoridades reaccionaron de forma veloz recurriendo a la 'estrategia del palo y la zanahoria', con medidas que iban desde la intimidación (fuerte presencia policial) hasta la cooptación y el rentismo (el Rey Abdullah prometió en un primer momento que invertiría 36.000 millones de dólares en crear puestos de trabajo, aumentar las pensiones y reforzar otros beneficios sociales como el acceso la vivienda, inversiones que más tarde llegaron a la cifra de 125.000 millones dólares) pasando por las admoniciones religiosas (el Gran Muftí Abd al-Aziz Al-Sheikh prohibió las manifestaciones por considerar que generaban *fitna* o caos, siguiendo los escritos del jurisconsulto hanbali medieval Ibn Taymiyya). El 11 de marzo, un único manifestante, Khaled Al-Johani se arriesgó a presentarse en el lugar indicado y desafiar al régimen. Al-Johani fue detenido y encarcelado durante 18 meses.

El símbolo de la estrategia saudí lo representó el discurso del Rey Abdullah del 25 de septiembre de 2011, que fue tildado por muchos como 'revolucionario' y que anunció una mejora de la situación de la mujer con el objeto de aplacar la ira de uno de los sectores más marginados y al mismo tiempo mejor preparados, pero también un esfuerzo para preservar el *statu quo* al estilo gatopardista, ya que al mismo tiempo reconocía que algo tenía que cambiar. En 2012 se registraron varias manifestaciones en Qassim, uno de los feudos del movimiento salafista.

Los jóvenes políticamente activos representan una minoría en Arabia Saudí. Se trata de representantes de la clase media, que abogan por la modernización y por una relajación de los preceptos de la ley islámica en el ámbito social y cultural. La gran mayoría de jóvenes muestra poco o ningún interés por la política en general. Un factor que explica esta apatía es la relativa popularidad del antiguo Rey Abdullah, a lo que se añade la creencia generalizada de que la Casa de Saud mantiene unido al país. Puede que la población anhele un cambio político, pero diríase que no lo desea a través de una revolución que podría poner en peligro su

estabilidad y su confort, convicción reforzada por el caos y la guerra en Siria, Yemen o Libia. En una encuesta de 2012 a la juventud árabe de 12 países, un 55% de jóvenes saudíes señalaron que los 'disturbios civiles' eran el 'mayor obstáculo al que se enfrenta la región', frente a un 37% que citó la 'ausencia de democracia'. El wahabismo, por último, recurre al sectarismo como estrategia contrarrevolucionaria y juega un papel importante a la hora de amortiguar el activismo político.

Los escasos disidentes políticos también se enfrentan a detenciones arbitrarias y largas sentencias en prisión. La represión ante cualquier muestra de descontento fue institucionalizada en febrero de 2014 con la aprobación de una controvertida legislación anti-terrorista destinada a prevenir la expansión de grupos yihadistas dentro del país. Los términos en los que está redactada esta ley son tan amplios y ambiguos que permiten definir como amenaza cualquier tipo de oposición que incomode a sus gobernantes. Apoyar o incluso simpatizar con lo que la autoridad considere un 'grupo terrorista' se convertía en delito. En marzo de ese año, el Ministerio del Interior publicó una lista de organizaciones terroristas, encabezada por los Hermanos Musulmanes, acompañados por grupos como al-Qaeda, el Frente al-Nusra y el Daesh (siglas en árabe del autoproclamado Estado Islámico en Irak y Siria). Consecuencia de la legislación aprobada fueron la intensificación de la represión y una serie de arrestos de individuos, desde supuestos extremistas hasta activistas pacíficos y defensores de los derechos humanos.

Son precisamente los derechos humanos uno de los motivos más recurrentes de crítica al Reino. Uno de los primeros movimientos del Rey Salman tras la muerte de Abdullah fue reemplazar al líder del cuerpo que dirige la policía religiosa por una autoridad de la línea dura. Tampoco parece que el cambio haya llegado a símbolos como la pena capital: en el primer año de Salman en el trono ha habido un número récord de ejecuciones. De acuerdo con Amnistía Internacional, en 2015 fueron ejecutadas al menos 158 personas, muy por encima de las 87 de 2014 y la cifra más elevada desde 1995. Una reputación negativa reforzada por los casos del bloguero Raif Badawi, condenado a varias sesiones de latigazos, y el poeta palestino Ashraf Fayyad, condenado a muerte por un supuesto delito de 'apostasía'. O por las penas de prisión a dos activistas, Abdullah al-Hamed y Muhammad Fahad al-Qahtani, fundadores de la Asociación Saudí de Derechos Civiles y Políticos, ahora disuelta, que monitorizaba violaciones de derechos humanos, exigía una monarquía constitucional⁵ y en 2012 pidió a Abdullah la dimisión de su hermano Nayef, antiguo ministro del Interior.

La estrategia sectarista adoptada por las autoridades saudíes afectó de manera particular a la minoría chií, que representa entre el 10% y el 15% de la población y exige el reconocimiento de sus derechos religiosos, políticos y económicos y, sobre todo, una plena igualdad, ya que suelen ser tratados como ciudadanos de segunda categoría. Los chiíes, que habitan sobre todo en la costa este y en la provincia sureña de Nayran, son designados por el clero wahabí como *rawafid* (aquellos que rechazan el 'verdadero islam') y la narrativa oficial les tacha de quinta columna de Irán en territorio saudí.

⁵ La Ley Islámica y la Sunna, conforman el marco constitucional saudí, a las que se añaden tres leyes básicas: Ley del sistema de gobierno, Ley del Consejo Consultivo y Ley del sistema de gobierno regional.

Riad ha institucionalizado la desigualdad entre sectas y el rechazo hacia todo lo chií. Los chiíes han sido siempre tratados como ciudadanos de segunda clase: casi no tiene presencia en los consejos locales o provinciales ni ejercen ningún alto cargo en ministerios clave, tales como el Ministerio del Interior o del Ministerio de Defensa o en la Guardia Nacional. También se ven excluidos del poder judicial, y aunque cuenten con su propia jurisdicción en los municipios donde son mayoría, un tribunal sunní puede revertir cualquier resolución judicial que adopten. La discriminación a nivel local se traduce en la prohibición de construir centros religiosos: en la plaza central de Qatif el gobierno ha construido una mezquita sunní, mientras resulta casi imposible para los chiíes obtener un permiso para construir mezquitas donde celebrar su culto en pueblos o aldeas en las que no sean mayoría. Tienen incluso prohibido, excepto en Qatif, celebrar el día sagrado de Ashura, que es considerado por las autoridades como una celebración pagana.

Fue en la Provincia Oriental, de población mayoritariamente chií, donde las sacudidas provocadas por la Primavera Árabe se hicieron sentir con mayor intensidad. Enfrentamientos que encuentran sus precedentes en las sacudidas que entre la comunidad chií tuvo la Revolución iraní en 1979 (manifestaciones que fueron duramente reprimidas), de las bombas en las Torres Khobar de 1996 (supuestamente atribuidas a miembros de un grupo militante vinculado a Irán denominado Hezbollah al-Hiyaz), de la invasión de Irak en 2003 (que permitió el empoderamiento de los chiíes iraquíes) o de los incidentes de Medina en 2009 (cuando peregrinos chiíes intentaron visitar las tumbas de sus imanes). Aunque sean presentados habitualmente como una amenaza para la estabilidad del Reino, los chiíes saudíes son un grupo demasiado pequeño para poder amenazar al régimen per se; la comunidad está además dividida entre los que están dispuestos a trabajar con el régimen y los que abogan por la confrontación abierta.

La Primavera Árabe puso en marcha una serie de políticas anacrónicas por parte de las autoridades saudíes: por un lado, impulsaron el sectarismo y diferenciación entre comunidades. Por otro lado, invirtieron en infraestructuras en varias ciudades de la provincia oriental, en donde se concentran los principales yacimientos de hidrocarburos. A pesar de que el nivel de vida ha mejorado entre la minoría chií, no ha desaparecido el sentimiento de discriminación. Ciudades como Awamiya representan uno de los lugares más marginados del país.

El 2 de enero de 2016 fue ejecutado el clérigo chií Nimr Al-Nimr, que lideró las protestas que estallaron en respuesta a la brutal supresión de los levantamientos pacíficos en Bahréin en 2011. Al-Nimr se convirtió en un símbolo de la resistencia y se puso al mando de las manifestaciones reivindicativas de la comunidad chií saudí. La gran mayoría de protestas eran pacíficas, pero fueron violentamente reprimidas por las autoridades. La elite wahabí lidera y alimenta una narrativa sectaria, en parte haciendo honor a la ortodoxia religiosa, en parte por pura supervivencia en términos de relevancia económica y política. Las protestas chiíes llegaron incluso a dirigirse contra la estructura de poder saudí y a exigir una verdadera Constitución escrita y reformas democráticas. Estrechos vínculos, tanto familiares y religiosos como políticos ante una discriminación compartida, unen a los chiíes del este del país y a representantes de la comunidad chií en Bahréin. En 2011, en solidaridad con este país, Al-Nimr llamó públicamente a la desobediencia civil, fundamentándose en la necesidad de alcanzar una justicia social y política. El encarcelamiento de Al-Nimr provocó protestas entre la comunidad chií y condenas

enérgicas por parte de otros países claves para el chiísmo en la región, particularmente en Líbano e Irán. Para muchos analistas, la condena y posterior ejecución de Al-Nimr no representaron tanto una respuesta a la amenaza sectaria como una acción en pos la seguridad nacional -también se ejecutó a 46 yihadistas miembros de al-Qaeda en la Península Arábiga- y una clara muestra del creciente sentimiento de vulnerabilidad por parte del régimen. El mensaje que el régimen pretendía lanzar es que no cabía distinguir entre activistas y extremistas, entre oponentes y terroristas.

La guerra en Siria ha avivado las tensiones en la Provincia Oriental. Los episodios de malestar, sobre todo en Qatif y Awamiyya, son constantes. La coacción enérgica también. La situación se deterioró hasta tal punto que forzó el relevo en su puesto a principios de 2013 del gobernador de la Provincia Oriental, Muhammad bin Fahd, acusado por la comunidad chií de crueldad y uso excesivo de la fuerza. A principios de noviembre de 2014, los chiíes saudíes se enfrentaron cara a cara con el desbordamiento de la guerra sectaria de Daesh en Siria e Irak. En enero de 2016, elementos yihadistas atacaron una *Husseiniya* (sala de congregación chií) en al-Ahsa, lo que evidenciaba que los ataques han crecido en número e intensidad. El líder de Daesh, Abu Bakr al-Bagdadi, ha instado en varias ocasiones a sus acólitos saudíes a atacar objetivos chiíes en el país para tratar de desestabilizar el reino y provocar un choque sectario.

1.5. Las amenazas potenciales

Madawi Al Rasheed se refiere a Arabia Saudí como un país en el que impera una 'enigmática dualidad': política secular y sociedad religiosa. Una de las mayores amenazas para la monarquía de Arabia Saudí es, por ello, que su legitimidad de base religiosa sea puesta en entredicho. Aunque Daesh y wahabismo comparten principios y fundamentos, o precisamente por esa misma razón, la organización terrorista pone en tela de juicio la legitimidad del Custodio de los Santos Lugares y le acusan de apostasía, usurpación y aberración tanto por su modo de vida supuestamente disoluto como por su alianza con Estados Unidos. Tanto en su revista en inglés *Dabiq* como en su narrativa pública, Daesh afirma que uno de sus fines es acabar con la 'cabeza de serpiente', nombre con el que denominan a las autoridades saudíes. En un discurso pronunciado el 27 de diciembre de 2015, su líder Abu Bakr Al-Bagdadi llamó abiertamente a derrocar a la familia real saudí. En el pasado no siempre las formaciones yihadistas transnacionales se enfrentaron a Arabia Saudí. Mientras que el 'divorcio' entre Arabia Saudí y el movimiento yihadista transnacional hunde sus raíces en la Guerra del Golfo, el distanciamiento entre el país y Daesh llega a su apogeo en junio de 2014 cuando el grupo conquista Mosul, proclama el 'califato' y cambia su nombre por el de Estado Islámico.

Según The Soufan Group, en las filas de Daesh combaten al menos 2.500 saudíes. Aunque la simpatía hacia Daesh no ha aumentado entre la población saudí, sí que existe una porción de la población que considera que es un instrumento necesario para confrontar el expansionismo chií y las ambiciones regionales de Irán. La postura difiere radicalmente en el caso de las autoridades religiosas que, instruidas por el gobierno, aprovechan sermones públicos y fatuas para criticar duramente al Daesh y a otros grupos yihadistas. Ya en 2001, tras los atentados del 11 de septiembre, la familia real hizo enormes esfuerzos por controlar de manera más férrea los sermones de los ulemas. Son sin embargo las acciones contradictorias

por parte de la familia real saudí las que son objeto de una crítica más feroz, que apunta a una lucha contra el extremismo en casa, pero un apoyo a las narrativas sectarias a escala regional. Esto, junto con una represión frontal contra cualquier elemento opositor, acentúan el riesgo de radicalización entre sus ciudadanos.

Al-Qaeda en la Península Arábiga fue derrotada hace una década, con cientos de ejecuciones y penas de prisión, siguiendo un modelo que de momento se ha mostrado insuficiente para acabar ahora con el Daesh. En 2015, Daesh organizó y reivindicó en territorio saudí 15 ataques en los que murieron 65 personas. Desde 2014, han tenido lugar en territorio saudí 20 ataques terroristas, la gran mayoría reivindicados por la organización, hecho que evidencia una deriva peligrosa que da fe de su implantación en el reino, a lo que se suma el más que posible 'efecto retorno' de yihadistas saudíes en el extranjero –hasta ahora habrían retornado, según diversas fuentes, unos 900-, lo que podría contribuir a la desestabilización del Reino.

Con el transcurso del tiempo, la élite religiosa se ha ido subordinando a la élite política en un importante número de ámbitos, lo que ha creado una suerte de *establishment* religioso estatal dominado por los ulemas. También han comenzado a hacerse visibles grietas en la alianza entre los ulemas y la monarquía. El discurso reformista de Abdullah agravó la ira de los sectores más reaccionarios y ahondó la división entre liberales y tradicionalistas. Esta tensión se vio agravada por ciertas acciones simbólicas como la puesta en marcha de un dialogo entre religiones en Viena, la construcción de una universidad (King Abdullah University of Science and Technology) en la que no hay segregación de sexos y se enseña en inglés, o el programa de becas que permite que los jóvenes saudíes viajen a otras partes del mundo.

El propio hombre fuerte del Reino, Muhammad Bin Salman, declaró a mediados de 2016 que su objetivo es que las mujeres conduzcan en el corto plazo, aunque ello implique enfrentarse con el estamento religioso. Además, en una más de las tímidas reformas, se ha aconsejado a la *Mutawa* que trate 'con amabilidad y gentileza' a los ciudadanos que consideren infringen los preceptos religiosos, además de que tiene la obligación de ceder a las fuerzas de seguridad las competencias perseguir, detener y castigar a los infractores de la ley islámica. Con este movimiento, Muhammad Bin Salman ha puesto además fin de un plumazo al monopolio de Muhammad bin Nayef y su Ministerio del Interior sobre todos los asuntos relacionados con la seguridad nacional, así como los asuntos religiosos, judiciales y sociales, por no hablar de la represión y las detenciones.

Una de las paradojas de Arabia Saudí se basa en que recurren a la religión tanto voces disidentes para pedir reformas como el propio régimen para reprimir cualquier disidencia. Aunque existen ejemplos de clérigos reformistas, la oposición más radical la conforman aquellos ulemas que consideran que el gobierno es demasiado tolerante hacia actitudes cada vez más laxas entre la población. Mientras que los yihadistas cuestionan la legitimidad del régimen, la oposición moderada se limita a solicitar cambios. La Casa de los Saud se ve atrapada y obligada a mantener un equilibrio que tenga en cuenta y respete las exigencias de las diferentes sensibilidades. Destaca en este sentido el movimiento *Sahwa*, con un modelo de activismo político similar al de los Hermanos Musulmanes, que aboga por una estricta adhesión a los valores del islam, al tiempo que denuncia la

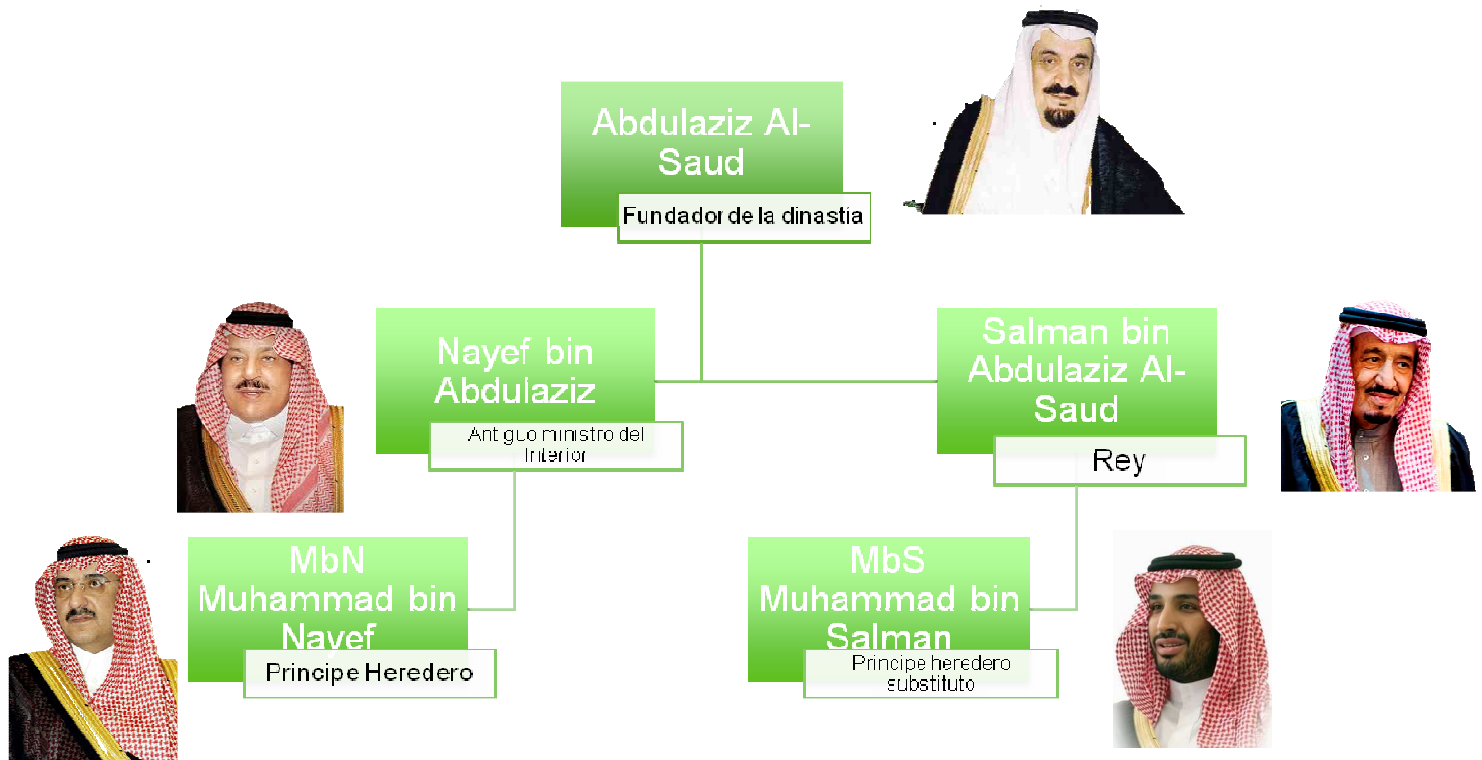
corrupción, la secularización, la liberalización de la sociedad e, incluso, lo que interpreta como una excesiva disposición de los rangos más altos del estamento religioso a acudir en ayuda de la monarquía.

La muerte en 1999 del Gran Muftí Abd al-Aziz bin Baz, figura enormemente respetada por la población saudí, generó los primeros cismas entre clérigos gubernamentales y no gubernamentales, entre el *establishment* wahabí y la sociedad. No fue casualidad que en 2010 el Rey Abdullah decretara que sólo los ulemas de mayor rango -los 20 miembros del Alto Consejo de los Ulemas- tenían la autoridad para emitir fatuas. No obstante, son multitud los clérigos a los que les basta con tener acceso a internet para difundir sus postulados, a pesar de que el Gran Muftí actual ha declarado que Twitter está lleno de mentiras. Mientras que clérigos reaccionarios como Muhammad Al-Arifi defienden a capa y espada instituciones controvertidas como la poligamia, destaca la creciente popularidad de algunas figuras críticas como el jeque Salman Al-Awda, que el 16 de marzo de 2013 publicó una carta abierta en Facebook y Twitter en la que advertía de que el gobierno necesita con urgencia escuchar las quejas de los ciudadanos si quiere evitar un estallido social.

Como cabía esperar, las instituciones religiosas oficiales han expresado su apoyo a la Plan Visión 2030 y algunos de los jeques más mediáticos han sido 'cortejados' por la Corte Real para hacer público su apoyo. Por ejemplo, el popular predicador salafista Muhammad Al-Arifi alabó el plan y publicó fotos de una reunión con Muhammad Bin Salman. No es menos cierto que las cuentas de Twitter de algunos activistas más independientes y ulemas radicales se han mostrado muy críticos con este proyecto, que la gran mayoría percibe como ataques por parte de la nueva generación en el poder hacia el clero más conservador y las costumbres más arraigadas.

1.6. Los dilemas sucesorios de la Casa de los Saud

Uno de los problemas pendientes que la Casa de los Saud ha ido aplazando década tras década ha sido la transición generacional en el seno de la familia real. Este proceso producirá cambios no sólo en el terreno político doméstico, sino también en el plano económico, social y geoestratégico. El 22 de enero de 2015, el Rey Abdullah murió en un hospital de Riad. De cara a la galería, la imagen transmitida era de unidad y fortaleza. La sucesión fue rápida, certera y siguió los procedimientos establecidos. Le sucedió inmediatamente como Rey y Primer ministro el Príncipe Salman, antiguo ministro de Defensa y, como el anterior, hijo del fundador del reino Abd al-Aziz Bin Saud. Todo apunta -tanto su edad como su delicado estado de salud- a que el reinado de Salman no será tan longevo como el de su predecesor. Bajo la superficie, son más que evidentes los crecientes signos de lucha por el poder.



Mientras los príncipes descontentos se han mantenido en un segundo plano hasta el momento, nada garantiza que la calma prevalezca en el medio y largo plazo. Los últimos 50 años han transcurrido con relativamente pocos problemas desde el punto de vista dinástico. No siempre ocurrió así: la historia saudí está repleta de pugnas dinásticas y asesinatos cainitas. Fue una crisis sucesoria lo que motivó la caída de la dinastía en 1891. En Arabia Saudí la sucesión es horizontal: todos los hijos de Abd al-Aziz Bin Saud son soberanos en potencia, ya que la sucesión es agnaticia, es decir basada exclusivamente en la línea paterna. Sin embargo, entre sus nietos, el encargado de reinar será el más poderoso entre ellos en virtud del principio de meritocracia. La ventaja, y asimismo el inconveniente, de este sistema es que todos los miembros de la familia real tienen, en teoría, posibilidades de acceder al trono.

Abd al-Aziz Bin Saud se casó 22 veces para afianzar las alianzas entre Estado y tribus. Nadie conoce con certeza el número exacto de vástagos que tuvo, aunque las fuentes más fiables hablan de 36 hijos y 21 hijas. Los descendientes masculinos se dividen en 35 ramas de la familia, pero no todos ellos cumplen con los requisitos para acceder al trono. Un criterio importante es el origen de la madre, que debe ser árabe. Tras la fundación del reino, Abd al-Aziz decidió repartir el poder entre varios de sus hijos, lo que favoreció una cierta descentralización. Ésta fue progresivamente de la mano de una cierta falta de coordinación, hasta que en 2000 se creó el Consejo de la Familia Real. Esta descentralización no consiguió eliminar las tensiones entre tíos y sobrinos, que a su vez enfrentan entre sí verdaderas facciones compuestas por miembros de la familia y clientes pertenecientes a varias capas de la sociedad. Hasta el rey, que no es más que un *primus inter pares*, se ve obligado a crear su propia facción e ir generando el consenso a su alrededor.

La madre del Rey Salman, Al-Sudayri, era la preferida del soberano. Él y sus hermanos forman parte de los siete sudayries y son considerados el círculo más influyente en las estructuras de poder. Desde su nombramiento como heredero en 2012, Salman intensificó viajes y reuniones oficiales. Antes había sido gobernador

de Riad durante 48 años, responsable del crecimiento y transformación de la capital y, en cierto modo, árbitro de las disputas familiares. Durante la guerra de Afganistán trabajó codo con codo con el *establishment* wahabí, del que aún es cercano.

En 2007, siguiendo con el proceso de institucionalización para garantizar la continuidad de la Casa de los Saud, el Rey Abdullah estableció el Consejo de Lealtad (Comisión de la Bay'a), encargado en teoría de seleccionar a los siguientes príncipes herederos. Muchos vieron en esta institucionalización de la sucesión un ardid del monarca para neutralizar a sus hermanos Sudayris, idea reforzada por la sustitución en cargos relevantes durante los últimos años de dignatarios sudayries por sus propios hijos. En marzo de 2014, en un giro un tanto inesperado, emitió un decreto en el que formalmente nominaba al Príncipe Muqrin bin Abd al-Aziz Bin Saud, hijo más joven de Abd al-Aziz Bin Saud, como 'príncipe heredero del príncipe heredero', limitando así en principio la capacidad de Salman de nombrar a su sucesor. Cuando Abdullah murió, Salman llevó a cabo una profunda reforma ministerial, y tanto Muqrin como sus hijos fueron relegados a un segundo plano, mientras que los hijos de Nayef y Salman tomaron las riendas de los puestos más relevante dentro de la estructura de poder.

Símbolo de la transición generacional fue el nombramiento del ministro del Interior, el Príncipe Muhammad bin Nayef bin Abd al-Aziz Bin Saud como nuevo Príncipe Heredero. Dicho príncipe, apodado MbN, representa una nueva generación de príncipes mejor preparados y dispuestos, que por fin llega a la primera línea de poder. Solo 13 de los ancianos hijos de Abd al-Aziz Bin Saud que todavía están vivos podrían ser candidatos para ascender al trono. El que MbN encabece la línea de sucesión deja fuera de la carrera sucesoria a los 11 hijos restantes de Ibn Saud. Estos quizás sean demasiado ancianos, pero no queda tan claro si sus hijos, la tercera generación, aceptarán de buen grado esta situación. Lo que si que parece evidente es que Arabia Saudí podrá ir poco a poco desperezándose de esa imagen de gerontocracia.

Salman, que decide sobre todos los asuntos de la familia y es conocido por sus dotes como árbitro en el seno de la misma, ha dotado de enorme influencia a su sobrino y hombre fuerte del régimen, MbN, pero también a su hijo Muhammad bin Salman (comúnmente llamado MbS). Estos nombramientos no sólo anuncian luchas intestinas dentro de la familia real, sino también dentro de la propia facción de los Sudayries. En la mayoría de ocasiones entre bastidores, pero en ocasiones también de forma pública, se intensifica la rivalidad - y cohabitación - entre MbS y MbN. Este último goza de un notable prestigio, además de una relación privilegiada con Estados Unidos, y es visto como la mente detrás de una lucha exitosa contra el terrorismo en los años posteriores a 2003. Se cree que desmembró y obligó a Al-Qaeda en la Península Arábiga a huir a Yemen en 2006. En su papel como ministro del Interior, MbN domina la Policía, los servicios secretos (*Mabahiz*), unidades especiales y brigadas contra el terrorismo, la policía de fronteras y la *Mutawa*. Es también padre de la controvertida Ley contra el terrorismo y estuvo en su momento tanto al cargo del dossier de la guerra en Siria como de la estrategia contra los Hermanos Musulmanes.

Al mismo tiempo, muchos analistas ponen de relieve el papel creciente del hijo del Rey Salman, Muhammad Bin Salman, segundo en la línea sucesora, pero cada vez

más 'hombre fuerte' del régimen, como ministro de Defensa, jefe de la Corte Real y responsable de la política económica. Los diplomáticos occidentales en Riad le apodan *Mr. Everything*. Un príncipe joven interesado en mostrar más musculatura que sus rivales, tanto en el exterior como en el interior. Se dice que es el hijo favorito del rey y el cerebro detrás de las reorganizaciones de poder -tildadas por algunos de 'golpe de Estado dentro de Palacio'-: el gobierno se compone ahora de 18 tecnócratas y tres miembros de la dinastía. También parece ser la fuerza impulsora detrás de la ofensiva en Yemen y uno de los pocos que en su familia se atreve a hablar de austeridad y fin de los subsidios. Muhammad bin Salman sin embargo es criticado precisamente por varios miembros de los Saud, que le acusan de no contar con el Consejo Real, organismo integrado por los príncipes más relevantes de la familia real, encargado de decidir conjuntamente los asuntos más importantes del Reino. En este sentido no hay que olvidar que una abdicación de Salman en Muhammad Bin Salman representaría por primera vez la priorización de la 'meritocracia' sobre la tradición, algo que puede no sentar bien entre un importante número de figuras de la dinastía gobernante.

Sin embargo, concentrar tanta responsabilidad en manos de una de las ramas de la familia, así como en tecnócratas ajenos a los clanes, no sólo corre el riesgo de acabar con el equilibrio de poder imperante hasta el momento, sino también de erosionar un sistema de reparto de poder intrafamiliar puesto en marcha cuando se fundó el Estado moderno. Un sistema que puso fin a décadas de luchas intestinas y ha ayudado a preservar la unidad de la familia. Los príncipes herederos lideraban sus propias cortes. Los otros príncipes se distribuían entre ellos otras carteras ministeriales, y ministerios sensibles como energía y finanzas se ponían en manos de tecnócratas que no fueran miembros de la familia.

A este radical reajuste se añade el contraste entre soberanos. Abdullah subió al poder en 2005, aunque ya dirigía los destinos del reino entre bastidores desde tiempo atrás, y era percibido como un líder experimentado, un monarca reformista y un padre cercano preocupado por el bienestar de sus súbditos. Encabezó la campaña para que las mujeres pudieran votar y tener representación en el Consejo Consultivo. También puso en marcha un foro de diálogo nacional. En su discurso ante el consejo consultivo del 25 de septiembre de 2011 anunció que en 2013 las mujeres pasarían a formar parte de la institución, y que a partir de 2015 se les permitirá votar y presentarse a las elecciones a consejos municipales. Abdullah era un soberano enormemente popular, mientras que Salman y sus herederos son percibidos dentro y fuera de Arabia Saudí como líderes conservadores impulsivos y menos preocupados por el bienestar de la población en su conjunto que por la geoestrategia.

Los problemas sucesorios parecen asegurados, muy particularmente en casos de transición generacional. A esto se añade la necesidad de limitar gastos y controlar ciertos comportamientos entre miembros del clan acostumbrados a una serie de derechos adquiridos por el mero hecho de pertenecer a la familia real. La agencia de inteligencia alemana ha advertido públicamente que tanto las luchas de poder internas entre príncipes rivales, como una política exterior intervencionista 'impulsiva', incrementan el riesgo de desestabilizar el país y la región. Sin embargo, y a pesar de las diferencias, el clan Saud es perfectamente consciente de lo importante que es que se mantengan cohesionados frente a sus ciudadanos, a sus vecinos y de cara al resto del planeta.

2. Dimensión Internacional

Durante muchas décadas, el fundamento primordial de la política exterior saudí fue el principio de solidaridad islámica, basada en el control y protección de los lugares sagrados de La Meca y Medina y en la promoción del wahabismo a lo largo y ancho del orbe islámico. La política exterior de Abdullah evolucionó a partir de ese fundamento y reposaba sobre tres grandes líneas: mantener la alianza con Estados Unidos, competir con Irán por el liderazgo de la región y garantizar la estabilidad de las monarquías del Golfo. La actual Doctrina Salman, tachada por algunos analistas de errática y arriesgada, apuesta por una política exterior renovada basada en un mayor intervencionismo en los asuntos regionales, lo que ha contribuido a la desestabilización de la zona.

La prioridad absoluta de las autoridades saudíes es preservar su propia estabilidad interna y protegerse del contagio generado por la Primavera Árabe, así como contener la influencia iraní en la región. Para esto último se antoja necesario que sus vecinos acepten la centralidad saudí en el sistema regional, así como evitar la aparición o crecimiento de grupos radicales que, con base en otros países pero con una agenda transnacional, intenten desestabilizar el régimen saudí. La nueva política exterior se apoya en nuevas herramientas: no se basa ya sólo en diplomacia e proyección financiera, sino que recurre a una estrategia de influencia creciente e injerencia de geometría variable, que necesita tanto del *hard* como del *soft power*.

2.1. Un 'socio indispensable' para Occidente

Una reunión entre el Presidente Franklin Delano Roosevelt y el Rey Abd al-Aziz Ibn Saud celebrada sobre el USS Quincy el 14 de febrero de 1944 sentó las bases de siete décadas de política estadounidense hacia el mundo árabe. El pacto alcanzado se basaba oficialmente en cinco puntos, entre los que se intuía la importancia que Estados Unidos otorgaba no sólo a los hidrocarburos, sino a la necesidad de construir su primera base militar en la región:

- La expiración del contrato de concesión no llegaría hasta 2005, fecha en la que los pozos, las instalaciones y los equipos volverían en su totalidad a manos de la monarquía;
- las empresas concesionarias se limitarían a ser arrendatarias de los terrenos;
- la estabilidad de la península Arábiga pasaría a formar parte de los intereses vitales de Estados Unidos;

- Estados Unidos apoyaría a Arabia Saudí no sólo en calidad de proveedor de petróleo, sino también de potencia hegemónica en la península Arábiga;
- Washington aseguraría la estabilidad de la península y de toda la región del Golfo, así como la asistencia jurídica y militar en caso de disputa entre los Saud con otros emiratos de la península.

Estados Unidos necesitaba petróleo barato casi en igual medida que un aliado local que en un primer momento compensara la influencia británica en la región y más tarde le permitiera reforzar su propia autoridad. Se fue gestando así una relación privilegiada aún con sus altibajos: una suerte de matrimonio de conveniencia. Esta relación se ha mantenido estable y ha hecho valer su resiliencia a lo largo de las últimas décadas. A día de hoy, Estados Unidos garantiza la seguridad de Arabia Saudí a cambio de un compromiso saudí de asegurar el flujo de petróleo hacia los mercados mundiales. Este sigue siendo el pilar central de la postura estadounidense en Oriente Próximo, junto con su compromiso con la seguridad de Israel.

Este acuerdo, que ha resistido contra viento y marea, también ha permitido que Arabia Saudí se convierta en un exportador mundial del wahabismo. Durante las últimas décadas, Occidente en general, y Estados Unidos en particular, han mirado hacia otro lado ante la promoción del wahabismo y la connivencia saudí con movimientos radicales, escudándose en la seguridad energética y en una política exterior de larga duración que gira en torno a apuntalar a líderes autoritarios que garanticen la estabilidad.

Cuando era Secretaria de Estado, Madeleine Albright denominó a la relación entre Arabia Saudí y su país 'una de nuestras relaciones más complicadas'. Obama ha puesto en duda, a menudo con dureza, el papel que los aliados sunníes de Estados Unidos juegan a la hora de fomentar el terrorismo anti-estadounidense, y ha llegado a insinuar que le incomodaba la ortodoxia en política exterior que lo obliga a tratar a Arabia Saudí como un aliado, sugiriendo que los países del Golfo no cumplían con las obligaciones que les correspondían en la escena internacional. La reciente desclasificación de 28 páginas del informe sobre los atentados el 11 de septiembre -que ha permitido que se considere la posible responsabilidad penal de Arabia Saudí por la participación de algunos de sus ciudadanos en los atentados- evoca hasta qué punto las tensiones podrían obligar a replantear este pacto en un futuro cercano.

La Primavera Árabe representó un punto de inflexión para las relaciones entre Arabia Saudí y Estados Unidos. La primera señal fue la decisión de la Administración Obama de dejar caer a Hosni Mubarak, en contra de la posición saudí. También jugó un importante papel el llamado 'viraje asiático' de la política exterior estadounidense, que muchos líderes árabes vieron como una amenaza a su propia supervivencia. No ayudó que Obama se mostrara dispuesto a intervenir en Libia para acelerar la caída de Muammar Gaddafi, pero no en Siria para derrocar al Presidente Bashar al-Assad, algo que los saudíes habían reclamado desde el comienzo del conflicto. La inacción ante la línea roja fijada por Barack Obama en relación al uso de armas químicas por el régimen sirio en agosto de 2013 también soliviantó a Riad. Para completar esta lista de desencuentros, el acuerdo nuclear con Irán en julio de 2015 causó una honda preocupación en las autoridades

saudíes, ante la posibilidad de que la administración norteamericana reequilibrase sus relaciones regionales en el caso de completar la normalización de relaciones con el país persa, el principal adversario de Arabia Saudí.

La aproximación entre Washington y Teherán en otoño de 2013 evidenció que los saudíes habían dejado de ser el aliado indispensable de Estados Unidos en la región. El acuerdo nuclear entre el G5+1 e Irán en verano de 2015 fue seguido de una cumbre de seguridad entre EEUU-Arabia Saudí en las que los responsables norteamericanos trataron de calmar sin éxito los temores de su histórico aliado. Aunque la desconfianza mutua es ya innegable, las relaciones siguen siendo sólidas y están basadas en intereses comunes como la lucha contra el terrorismo, la presencia de bases americanas en el país y el vecindario, y el mantenimiento de la estabilidad y seguridad regional. Arabia Saudí es el principal socio comercial de EEUU de la región -por encima incluso de Israel-, en gran parte debido a la venta de armamento. En todo caso, la relación reposa sobre intereses y no valores comunes.

Un obstáculo adicional para las relaciones bilaterales lo representa la Ley de Justicia contra los Patrocinadores del Terrorismo (JASTA en sus siglas inglesas) aprobada, pese al veto del Presidente Obama, por el Congreso estadounidense, que en teoría permitirá litigios en tribunales de Estados Unidos contra el gobierno saudí en relación con cualquier papel que el país pudiera haber jugado en los atentados del 11 de septiembre. El Reino ha respondido con la amenaza de vender sus activos en territorio norteamericano, que suman 750.000 millones de dólares. Tal es la brecha entre Estados Unidos y Arabia Saudí que el propio Obama se vio obligado a viajar a Riad el 21 de abril de 2016 con ocasión de una Cumbre con los líderes del CCG, para convencer a los saudíes y a otros países del Golfo que siguen siendo aliados vitales para Estados Unidos a pesar de que ya no hay espacio en Oriente Próximo para una sola potencia hegemónica y deben aceptar la progresiva configuración de un nuevo paradigma internacional.

Aunque ambos actores afirman seguir necesitándose en varios ámbitos, como el comercio o la lucha contra el terrorismo, varios factores apuntan a un punto de inflexión de las relaciones bilaterales en un paradójico paralelismo con las relaciones con Irán, aliado primordial de Estados Unidos antes de 1979. No obstante, la relación todavía parece guiada, al menos por el momento, por la máxima *'too big to fail'*. Es poco probable que la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca implique una revisión de las relaciones bilaterales entre Arabia Saudí y EEUU en el corto plazo, ya que todo parece indicar, tal y como demuestran sus primeros nombramientos, que el presidente norteamericano se guiará por el pragmatismo en su política exterior hacia Oriente Próximo.

En lo que a la Unión Europea respecta, Alemania, Reino Unido y Francia son algunos de los principales socios comerciales de Arabia Saudí. Una de las prioridades en la agenda bilateral entre la Unión y el Consejo de Cooperación del Golfo es la conclusión de un Acuerdo de Libre Comercio. La cooperación en el ámbito securitario también se perfila como uno de los aspectos vitales de las relaciones entre Bruselas y Riad. La evolución de la región tras la Primavera Árabe, así como el conflicto en Yemen, han provocado sin embargo un cierto distanciamiento. Para muestra un botón: el Parlamento Europeo aprobó el 3 de marzo de 2016 una moción que instaba a la Unión Europea a imponer un embargo

de armas sobre Arabia Saudí, aludiendo a las consecuencias negativas de la intervención militar en Yemen en términos humanitarios.

Relaciones con España

Arabia Saudí es el primer país de la región con el que España entabló relaciones diplomáticas, cuando el régimen franquista puso en marcha las denominadas 'políticas puente' basadas en la aproximación a América Latina y el mundo árabe para superar el aislamiento del que fue objeto tras la Segunda Guerra Mundial. El Tratado de Amistad entre España y Arabia Saudí fue suscrito el 6 de junio de 1962. Hoy en día, las relaciones bilaterales suelen ser descritas como 'cálidas' e 'intensas' por el Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación. El buen estado de las relaciones hispano-saudíes queda reflejado en las visitas de alto nivel que se han venido realizando en los últimos años, así como en la estrecha amistad que mantienen las familias reales española y saudí. Con motivo de una visita del Rey Juan Carlos en abril de 2006 fue firmado un acuerdo para institucionalizar los contactos políticos entre ambos países. Arabia Saudí es uno de los principales aliados de España en Oriente Próximo, como evidencia el aumento de la colaboración en materia de seguridad y antiterrorismo.

Uno de los pilares de estas relaciones es el ámbito de la defensa. En diciembre de 2014, España y Arabia Saudí acordaron dar un nuevo impulso a la relación en este ámbito con el establecimiento de un grupo de diálogo estratégico. De acuerdo con el SIPRI, España se encuentra entre los principales suministradores de armas a Arabia Saudí. De acuerdo con el Centre Delàs d'Estudis per la Pau, las exportaciones de material de defensa alcanzaron en 2015 la cifra de 546 millones de euros, convirtiéndose Arabia Saudí en el segundo cliente de la industria militar española.

Exportaciones de material de defensa a Arabia Saudí (en miles de euros corrientes)

2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	Total
5.851,11	1.876,66		5.148,35	5.824,93	14.006,43	21.263,43	406.437,36	292.861,79	545.979,75	1.299.249,80

En el ámbito comercial, las relaciones también han crecido de manera considerable, como simboliza la construcción del AVE entre las ciudades de Medina y La Meca por un importe de 5.400 millones de euros, el mayor proyecto logrado por empresas españolas en el extranjero. Un consorcio español también colabora para poner en marcha tres de las seis nuevas líneas del metro de Riad. Cada vez son más las empresas españolas presentes, y cada vez es mayor su volumen de negocio en el país, muy particularmente en sectores en los que España tiene ventaja comparativa, como pueden ser el sector de infraestructuras, el energético, el tecnológico y los servicios. Es el caso, entre otras, de Inditex, Técnicas Reunidas, Iberdrola e Indra. Las cordiales relaciones que mantienen las familias reales son consideradas como un factor clave para que las empresas españolas hayan podido participar en el proceso de modernización del país árabe.

Arabia Saudí es, además, el país árabe con más intereses económicos en nuestro país. Entre 1993 y 2008, Riad invirtió en España 71,68 billones de euros, según datos del Ministerio de Industria, Energía y Turismo. El turismo destaca también

como puntal de las relaciones: tanto el Rey Fahd como otros miembros de la familia real, entre ellos Salman cuando era Gobernador de Riad, solían pasar parte de sus vacaciones en sus palacios de Marbella. Arabia Saudí es, además, uno de los principales suministradores de petróleo a España.

Sin embargo, numerosos críticos apuntan a la indiferencia del gobierno español respecto a las violaciones de los derechos humanos por parte del gobierno de Arabia Saudí, y en este sentido a un posible incumplimiento de la propia ley de acción exterior y de las normas del ordenamiento español en materia de política exterior, y reclaman a la necesidad de interrumpir la venta de armas, sobre todo aquellas susceptibles de ser empleadas en los conflictos regionales. La Casa Real se vio obligada a cancelar el viaje oficial del Rey Felipe VI a Arabia Saudí, previsto para el 16 de febrero de 2016. Aunque se aludió a la delicada situación existente en España debido a la falta de gobierno, algunos medios de comunicación apuntaron a que 'la visita real se había vuelto incómoda tras la ejecución de 47 reos por el régimen de Riad'. Está por ver si la visita del Rey Felipe VI a Riad anunciada para mediados de enero de 2017 abrirá una nueva perspectiva en este sentido.

Varios factores determinarán asimismo la continuidad o replanteamiento de las relaciones privilegiadas entre Arabia Saudí y Occidente, entre los que destacan la evolución del precio del petróleo, el desenlace del conflicto sirio, la forma en la que el propio reino siga manejando sus propios dilemas económicos y sociales, la transición generacional en el seno de la Casa de los Saud y cómo afecte a la estabilidad del país. Por ahora, todo apunta a que, a pesar de las diferencias más que evidentes, así como de los episodios de tensión cada vez más frecuentes, a ninguno de los aliados le conviene replantear las relaciones, ya que ambos se necesitan mutuamente. En el caso de un giro brusco en las relaciones con sus aliados tradicionales, Arabia Saudí intentaría aproximarse –tal y como han parecido indicar sus recientes amagos– a otros actores con los que comparte algunas prioridades, como el principio de no injerencia y el respeto a la soberanía de cada país, como es el caso de Rusia e, incluso, Israel.

2.2. Política exterior saudí y wahabismo

El analista Kamel Daoud señala: 'Daesh tiene una madre: la invasión de Irak, pero también tiene un padre: Arabia Saudí y su complejo religioso-industrial'. En la primera parte de este documento hemos hecho referencia a la estrecha relación existente entre la ideología wahabí y la fundación del Estado moderno, en el que jugaron un papel central las milicias armadas de los *Ijwan*, que combatieron el islam popular destruyendo las tumbas de los santones e impusieron a la población estrictas reglas de conducta basadas en el credo salafista. Ya en los años ochenta, Arabia Saudí auspició la *yihad* afgana en la que combatieron miles de saudíes. Posteriormente, sería un antiguo *muyahid* bien conectado con la familia real saudí, Osama Bin Laden, quien establecería Al-Qaeda. En la actualidad, numerosos saudíes combaten en las filas de los grupos yihadistas que operan en Irak y Siria. Algunos informes señalan a Arabia Saudí como el segundo exportador de yihadistas al Daesh después de Túnez, y estiman en 2.500 el número de combatientes saudíes en sus filas, de los cuales 900 habrían retornado al reino. La intensificación de los ataques perpetrados por Al-Qaeda y Daesh en suelo saudí y contra objetivos chiíes a partir de 2015 evidencian que cuentan con respaldos internos.

Arabia Saudí ha sido durante décadas un actor clave en la expansión del wahabismo a escala regional e internacional. Varios países afirman en la actualidad haber sido por mucho tiempo conscientes, incluso antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001, del rol que juega Arabia Saudí en la financiación y apoyo de grupos radicales, subvencionando organizaciones yihadistas de manera encubierta y asociaciones caritativas islámicas extremistas. Tras los atentados terroristas en suelo saudí de comienzos del siglo XX, las autoridades hicieron un mayor esfuerzo para frenar los flujos de financiación de los que se beneficiaban los movimientos yihadistas. No obstante, diversas fuentes señalan que todavía se mantiene cierta financiación proveniente de individuos particulares. Además de este apoyo militar y financiero, Arabia Saudí también invierte petrodólares en mezquitas y medersas en todo el mundo, que adoctrinan a generaciones de jóvenes musulmanes con el mismo discurso fundamentalista que constituyen los cimientos religiosos de grupos como Al-Qaeda y Daesh. No nos debería extrañar por lo tanto que diversos grupos yihadistas, como Ahrar al-Sham o Yabha Fatah al-Sham (antiguo Frente al-Nusra), empleen materiales educativos saudíes en sus escuelas en Siria.

Desde el alza de los precios del petróleo a mediados de los setenta y siguiendo la doctrina de la predicación o *da'wa*, los saudíes comenzaron a financiar asociaciones, mezquitas y medersas en los países musulmanes en los que se difunde el wahabismo. La estrategia regional de Riad también pasa por fomentar la cooperación económica con los países islámicos mediante la concesión de donaciones y créditos blandos a cambio de facilidades para establecer centros religiosos centrados en el proselitismo religioso. Los denominados '*Saudí Wikileaks*' apuntan a la existencia de un extenso aparato dentro del gobierno saudí dedicado a fomentar la actividad misionera, con iniciativas como financiar a predicadores extranjeros, construir mezquitas, escuelas y centros de estudio, y debilitar a los funcionarios extranjeros y medios de comunicación que se consideren una amenaza para la agenda del reino, gracias a instrumentos como la Liga Mundial Islámica o la Asamblea Mundial de la Juventud Musulmana (conocida por su acrónimo inglés WAMY).

Tradicionalmente las formaciones salafistas en el mundo árabe se concentraban en la aplicación de un estricto rigorismo religioso en la vida pública, pero se mantenían alejadas de la arena política. La propagación de la ideología salafista resultaba útil a Arabia Saudí a la hora de combatir al panarabismo laico, cuyas puntas de lanza fueron, entre los años cincuenta y ochenta, Egipto, Irak, Siria y Argelia. Hoy en día, los yihadistas también representan en cierto modo un instrumento útil en la lucha contra Irán y sus aliados regionales. De acuerdo con un sondeo de The Washington Institute for Near East Policy, alrededor del 5% de la población saudí apoya al Daesh a pesar de que, como se ha señalado con anterioridad, ha llegado a convertirse en una amenaza para la propia estabilidad del reino.

En un telegrama diplomático filtrado de 2009, la ex Secretaria de Estado Hillary Clinton señala que Arabia Saudí representa la mayor fuente mundial de fondos para grupos yihadistas como Al-Qaeda y los talibanes. Clinton también expresaba su preocupación porque el gobierno saudí fuera reactivo a interrumpir ese flujo de financiación. Otro cable revelaba cómo la organización militante paquistaní Lashkar-e-Taiba, responsable de los ataques terroristas de Bombay en 2008, utilizó una empresa de fachada con base en Arabia Saudí para financiar sus actividades. El Vicepresidente estadounidense Joe Biden llegó a admitir en público que el mayor

problema en Siria eran los aliados de Estados Unidos -incluida Arabia Saudí-, decididos a acabar con Asad a cualquier precio y provocar una guerra sectaria entre sunníes y chiíes, que canalizaron cientos de millones de dólares y miles de toneladas de armas a los grupos de orientación radical.

Daesh aprovechó el nuevo contexto regional para expandir sus actividades de Irak a Siria y para convertirse en una amenaza a escala mundial. Un informe de la Unión Europea de junio de 2013 también constató la implicación saudí en el suministro de armas a grupos extremistas en Oriente Próximo, África del Norte y Sudeste de Asia. Dicha financiación se canalizaría a través de fundaciones privadas y no sería resultado de una política explícita a tal efecto. Muhammad Al-Qahtani, uno de los más conocidos activistas de derechos humanos del país, describe la política vis a vis la expansión del wahabismo del gobierno saudí como *'don't ask, don't tell'*⁶. Afganistán, en donde Riad apoya directa o indirectamente a los dos 'bandos' – talibanes y autoridades oficiales- se erige como símbolo de este sempiterno dilema de la política exterior saudí.

A medida que Daesh ha ido afianzando su posición, Arabia Saudí ha intentado por todos los medios desvincularse de este grupo y de Al-Qaeda por representar ambos unas claras amenazas a su legitimidad religiosa. El Gran Muftí del reino declaró que Daesh es la amenaza número uno para el islam y emitió una fatua en la que denunciaba la autoinmolación como un 'delito repelente y una gran calamidad'. El Rey Abdullah donó 100 millones de dólares al Centro para el Contraterrorismo de Naciones Unidas, creado el 1 de agosto de 2014. Fue también uno de los primeros en unirse a la coalición liderada por Estados Unidos para lanzar ataques aéreos contra sus posiciones en septiembre de 2014, aunque redujo su participación a partir del verano de 2015 para centrarse en la campaña contra el Yemen, donde lidera una coalición contra el movimiento huzi de orientación chií, medida que parece indicar que la rivalidad sectaria es más prioritaria que el combate contra el terrorismo.

La Ley antiterrorista de 2014 impuso duras penas de prisión a los yihadistas que regresaran desde cualquier zona de guerra y a quienes financiaran a grupos terroristas (entre ellos, Al-Qaeda, Daesh y el Frente al-Nusra, pero también a los Hermanos Musulmanes). Esta medida coincidió con la sustitución de príncipe Bandar bin Sultan como jefe del servicio de inteligencia saudí y responsable del dossier sirio por Muhammad bin Nayef, que había llevado a cabo una eficaz campaña contra los yihadistas, tanto en Arabia Saudí como en Yemen, y de hecho sobrevivió a un ataque suicida yihadista en agosto de 2009. Daesh es percibido como una amenaza existencial para la propia monarquía. Arabia Saudí se ve así obligada a demostrar que es más ortodoxa que ningún otro actor y, así, luchar contra los yihadistas sin desvirtuar sus creencias y su base legitimadora. Una estrategia con doble filo, en virtud del principio 'el enemigo de mi enemigo es mi amigo'.

De otra parte, las autoridades saudíes interpretan que el pacto con los wahabíes les legitima para detentar el monopolio del islam político y, por lo tanto, eliminar a cualquier rival que apueste por la vía democrática, que es considerada una herejía

⁶ Doctrina norteamericana ya revocada que prohibía a cualquier homosexual o bisexual revelar su orientación sexual o hablar de cualquier relación homosexual, incluyendo matrimonios o lazos familiares, mientras estuviesen sirviendo en el ejército.

tanto por Palacio como por sus ulemas, por temor a un efecto de 'emulación' dentro del reino. Impulsar el salafismo también contribuye al objetivo de limitar la influencia de ideologías islamistas más moderadas, entre las que destaca la de los Hermanos Musulmanes y sus franquicias a lo largo y ancho de la región. A diferencia de la Hermandad, el poder saudí no se basa en la representación democrática, sino en el principio de lealtad absoluta al rey.

Las autoridades saudíes vigilan de cerca a la oposición islamista moderada que incluye varias corrientes que entremezclan wahabismo con la ideología propia de los Hermanos Musulmanes. En el interior del reino destaca el movimiento *Sahwa Islamiya* (Despertar Islámico), cuyos jeques Safar Al-Haulí y Salmán Al-Auda, encarcelados en su día por demandar reformas, gozan de un amplio predicamento y millones de seguidores en Twitter. Éstos critican ciertas prácticas de la familia real y de los ulemas de Palacio, sin dejar de ser leales a los Al-Saud. Cuando comenzaron los levantamientos de 2011, varios de sus representantes exigieron públicamente más derechos políticos para los ciudadanos saudíes.

La desconfianza entre la Hermandad y la familia real no es un fenómeno nuevo, pero fue precisamente este tipo de acciones, junto con una expansión de la influencia de la Hermandad en el resto de la región, lo que encendió todas las alarmas entre las élites saudíes. El apoyo saudí al golpe de estado en Egipto, así como la posterior ayuda financiera al régimen del general Abd Al-Fattah Al-Sisi, hizo que varios jeques pertenecientes a la *Sahwa Islamiya* denunciaran públicamente las maniobras saudíes, algo que incomodó enormemente a los gobernantes. El Gran Muftí del reino, por su parte, fue claro cuando alertó contra los 'islamistas que exigen reformas' y apuestan por la democracia.

Debe tenerse en cuenta que las relaciones con los Hermanos Musulmanes no siempre han sido de antagonismo y una no desdeñable simpatía hacia el movimiento prevalece entre varios sectores de la población saudí. Como consecuencia del debilitamiento de los movimientos panarabistas y socialistas a partir de la década de los setenta ganó fuerza el islam político. En los años 1950 y 1960, en su batalla contra el panarabismo, Arabia Saudí dio asilo a un gran número de los miembros de los Hermanos Musulmanes que huían de la persecución del Presidente Gamal Abdel Nasser y otros regímenes nacionalistas como los de Siria e Irak. Muchos de ellos encontraron su nicho en la educación y en diversas organizaciones transnacionales fundadas por el Rey Faisal para contrarrestar la creciente influencia de los movimientos nacionalistas árabes de inspiración socialista. Como maestros, sin embargo, también fueron capaces de difundir su propia ideología. Además, se convirtieron en un sector activo de la sociedad civil, sobre todo en el sector de la caridad. Tras la invasión soviética de Afganistán, algunos de ellos fueron reclutados para la *yihad* contra la URSS. Las relaciones se deterioraron sustancialmente cuando Irak invadió Kuwait en agosto de 1990. Los Hermanos Musulmanes, al igual que muchos clérigos wahabíes, se oponían a la llegada de tropas estadounidenses a suelo saudí. Como consecuencia de estos enfrentamientos, y sobre todo debido a la apuesta cada vez más clara de los Hermanos Musulmanes por la democracia, Arabia Saudí prohibió sus actividades en la década de 1990.

Las relaciones se deterioraron aún más tras los atentados de 2001. En 2002 el príncipe Mohammad Bin Nayef, entonces ministro del Interior, declaró que los

Hermanos Musulmanes eran la causa de la mayor parte de los problemas del mundo árabe. Nayef llegó a acusar a la Hermandad de la ola de incidentes terroristas en Arabia Saudí entre 2003 y 2006. Como ministro de Interior, Bin Nayef impulsó la 'caza de brujas' contra los Hermanos Musulmanes y muchos consideran que esta es una de las razones por las que se vio recompensado tras la sucesión en 2015 con el puesto de príncipe heredero. De hecho, la legislación antiterrorista de febrero de 2014 definía a la Hermandad Musulmana como una 'organización terrorista'. Cuando en 2014, el Rey Abdullah convocó una conferencia de donantes para ayudar a Egipto en su lucha contra el islam político, su advertencia fue nítida: 'Cualquier país que no contribuya al futuro de Egipto no tendrá lugar en un futuro conjunto'.

Debe tenerse en cuenta que la apuesta de los Hermanos Musulmanes egipcios por la vía democrática se vio recompensada con su victoria electoral en las primeras elecciones democráticas celebradas tras la caída de Mubarak. También en Túnez el movimiento Ennahda, cercano a la Hermandad, obtuvo una mayoría de votos en las elecciones de octubre de 2011. La mayor preocupación de las autoridades saudíes era que el ejemplo de la Hermandad egipcia incitase a su población a exigir reformas de calado o, peor aún, a levantarse contra las monarquías. Junto con la ansiedad en torno a un posible efecto contagio, no era desdeñable la preocupación de que el Presidente Muhammad Morsi buscara un acercamiento con Irán como medio de superar la hostilidad saudí. En agosto de 2012, en el marco de una cumbre de los países no alineados, Morsi se convirtió en el primer presidente egipcio que visitaba Teherán desde el triunfo de la revolución islámica en 1979.

Los Hermanos Musulmanes incidieron en que este acercamiento no afectaría a las relaciones con los Estados árabes del Golfo, que sin embargo se mantuvieron escépticos. Arabia Saudí recibió con los brazos abiertos el derrocamiento de Morsi y la llegada al poder de Al-Sisi, que previamente había sido agregado militar en Riad. Es más, apoyó sin ambages al nuevo régimen inyectando, junto con otros países del Golfo, una considerable cantidad de fondos. Se desconoce la cifra exacta, pero las estimaciones más conservadoras la sitúan por encima de los 20.000 millones de dólares. Una cantidad que ha descendido en los últimos tiempos como resultado de un distanciamiento entre Riad y el régimen de Al-Sisi y también a causa de las dificultades económicas por las que atraviesa el reino como consecuencia del descenso de los precios del petróleo. 2016 ha sido un año caracterizado por altibajos en las relaciones entre Cairo y Riad: desde la controvertida cesión de las islas de Sanafir y Tiran, en el mar Rojo, para la construcción de un puente que una ambos países, hasta el abrupto freno a las cesiones de crudo e inversiones en respuesta a una política extranjera egipcia no alineada con los intereses saudíes.

Precisamente estas tensiones con la Hermandad explicaban también el enfrentamiento de Arabia Saudí con Qatar y Turquía, conocidos patrocinadores de los Hermanos Musulmanes. En primer lugar, por lo que a Qatar respecta, a pesar de su reducido tamaño, el país ha sido uno de los actores más significativos en la región en estos últimos años. Incluso se ha llegado a denominar a dicho emirato, en referencia a su refinada diplomacia simbolizada por el éxito de la cadena Al Jazeera, como la 'estrella fugaz' de Oriente Próximo. Durante décadas, Qatar había venido cultivando una estrecha relación con los Hermanos Musulmanes y vio en el meteórico ascenso de la organización tras la Primavera Árabe una oportunidad para ampliar su propia influencia regional e internacional.

El emirato utilizó su riqueza, y también su estabilidad doméstica, para apoyar a una serie de grupos islamistas, que incluyen tanto los Hermanos Musulmanes egipcios como a diversos grupos rebeldes en la guerra en Siria. Sin embargo, con la caída de Morsi en julio de 2013 y la posterior represión de los Hermanos Musulmanes a manos del nuevo régimen militar en Egipto se hizo evidente que Qatar no estaba en condiciones de rivalizar con Arabia Saudí. A partir de ese momento, las autoridades qataríes se vieron obligadas a suavizar progresivamente su política exterior alegando que no apoyaban a la Hermandad como organización, sino que defendían la legitimidad de la elección de Morsi como presidente de Egipto.

Las tensiones entre Qatar y sus aliados regionales llegaron a poner en peligro la propia estabilidad del Consejo de Cooperación del Golfo, cuyos miembros decidieron retirar sus embajadores de Doha. Afectaron, asimismo, al desarrollo de la guerra siria, puesto que los diferentes grupos rebeldes contaban con financiación qatarí y saudí. Mientras Qatar apoyaba precisamente a los miembros de la oposición que afirmaban tener vínculos con la organización, Arabia Saudí optó por patrocinar a grupos de tendencia salafista como Ahrar al-Sham y el Ejército del islam. Algunos consideran incluso que esta fragmentación del campo islamista creó las condiciones necesarias para la expansión del Daesh en Siria e Irak. En marzo de 2014, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Bahréin retiraron a sus embajadores de Qatar para forzar a que el país revisara sus relaciones con los Hermanos Musulmanes y replanteara su política exterior. En noviembre de 2014, Qatar sucumbió a la presión de los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo y se comprometió a poner fin a su apoyo a las diversas ramas de la Hermandad.

Ante el avance fulminante de Daesh y las presiones crecientes sobre las monarquías del Golfo, incluida Arabia Saudí, los Saud se han visto obligados a reevaluar su relación con los Hermanos Musulmanes. De hecho, el Rey Salman ha puesto en práctica un acercamiento con la organización mediante una aproximación a Qatar y Turquía. Se han celebrado reuniones de alto nivel con funcionarios de alto rango de las filiales regionales de la Hermandad, como Rashid Al-Ghannuchi (Ennahda de Túnez), Hammam Saed (Frente de Acción Islámica de Jordania) y Jaled Meshal (Hamás de Palestina). El gesto más simbólico en este sentido fue la invitación al influyente predicador egipcio Yusuf Al-Qaradawi con ocasión del día nacional de Arabia Saudí en 2015. A estos movimientos debe añadirse la estrecha cooperación entre Riad y Al-Islah, franquicia de los Hermanos Musulmanes de Yemen, mediante la creación de un frente común contra los huzíes y el antiguo Presidente Ali Abdullah Saleh.

Otra prueba de este acercamiento qatarí-saudí es la cooperación en Yemen y Siria. En Yemen, Qatar ha asumido el papel de mediador entre los saudíes y el partido Islah. Es también destacable la cada vez más estrecha cooperación con Qatar y Turquía en Siria, a partir de la primavera de 2015. La conquista de la provincia de Idlib por el Ejército de la Conquista, una alianza entre fuerzas islamistas y seculares forjada por Arabia Saudí y Qatar, llevó a Bashar Al-Asad a reclamar la intervención de Rusia en otoño de 2015 para revertir las pérdidas de territorio.

Por lo que a Turquía respecta, el enfrentamiento estaba íntimamente relacionado con sus relaciones con los Hermanos Musulmanes, pero encuentra precedentes históricos en la tradicional rivalidad wahabí-otomana. La relación turco-saudí se vio afectada por el papel jugado por los saudíes en la caída de Morsi, un estrecho

aliado de Ankara, y muy particularmente del partido gobernante, el islamista moderado Partido de la Justicia y Democracia (AKP). Las relaciones han mejorado considerablemente en los últimos meses como consecuencia de la reciente aproximación saudí a los Hermanos Musulmanes y de la necesidad de Turquía de recomponer las relaciones con su vecindario. En diciembre de 2015, el Presidente Recep Tayyip Erdogan visitó Riad para reunirse con el Rey Salman y con Muhammad bin Nayef y Muhammad bin Salman, discusiones que muy principalmente giraron en torno a la estrategia a seguir para frenar al Daesh y coordinar sus estrategias en Siria. La cooperación con Turquía es hoy un hecho, simbolizado por la creación de un Consejo de Cooperación Estratégica, la asistencia en asuntos militares y la autorización a Arabia Saudí a utilizar la base militar de Incirlik en el sur de Turquía para atacar al Daesh. Incluso en la primavera de 2016 se llegó a hablar de una posible intervención conjunta turco-saudí en Siria para contrarrestar los avances del régimen de Bashar al-Asad como consecuencia de la intervención ruso-iraní en el país.

Arabia Saudí basa el éxito del Plan Visión 2030 en su posición histórica como lugar de nacimiento del islam, y percepción como líder del mundo islámico sunní. Resulta interesante señalar a este respecto la celebración de una Conferencia Islámica en Grozni en agosto de 2016, de la que Arabia Saudí estaba explícitamente excluida, poniendo por lo tanto en duda su papel como líder de la comunidad sunní. Acudieron sin embargo representantes religiosos de los aliados más cercanos a Arabia Saudí, como el imam de la Gran Mezquita de Al-Azhar en Cairo, Ahmed El-Tayeb, el Gran Muftí egipcio Shawki Allam o el influente clérigo yemení Habib Ali Jifri, cercano al Príncipe Heredero emiratí. En la reunión se concluyó que las formas de conservadurismo extremo, como el salafismo, el deobandismo o el propio wahabismo, dejaban en mal lugar a la rama sunní del islam, en esencia moderado y de base pacífica. En la declaración final del evento se llegó a proclamar que el wahabismo 'no forma parte del sufismo', sino que es una 'deformación que conduce al extremismo y al terrorismo'. Mientras decenas de clérigos saudíes reprobaban el texto en las redes sociales, el Alto Consejo de Ulemas condenó desde Riad con virulencia tales palabras.

2.3. La nueva Guerra Fría de Oriente Próximo

El escenario posterior a la Primavera Árabe ha sido testigo de un creciente intervencionismo saudí. Arabia Saudí ha reaccionado de forma distinta atendiendo a la naturaleza del régimen amenazado en cuestión, las potenciales amenazas y las oportunidades de cambio. Apostaron por el cambio de régimen directamente en Siria y retóricamente en Libia; por su preservación con el envío de tanques a Bahréin cuando la monarquía fue amenazada; y por su restauración con el apoyo del golpe militar en Egipto para preservar lo que quedaba del antiguo régimen. La estrategia en Yemen ha sido errática: en un primer momento se apoyó una transición controlada para sustituir a Ali Abdullah Saleh hasta que la irrupción de los huzíes le llevó a intervenir militarmente para tratar de revertir el avance de este matrimonio de conveniencia. Incluso Israel parece perfilarse más como 'compañero de viaje aceptable' que como enemigo auto-impuesto, ya que con él comparte alianzas y rivales.

La rivalidad entre Arabia Saudí e Irán, que se presentan como las dos potencias tutelares de las dos ramas principales del islam, no ha dejado de crecer desde la

Primavera Árabe hasta convertirse en una auténtica Guerra Fría que ha desestabilizado el conjunto de la región. A principios de 2016, las autoridades saudíes ordenaron la ejecución del jeque chií Al-Nimr, junto a 46 yihadistas vinculados a Al-Qaeda. Esta muerte prendió fuego a la región y caldeó los ánimos de las comunidades chiíes del Golfo. El líder supremo iraní Ali Jamenei proclamó mártir al clérigo fallecido y, poco después, cientos de personas asaltaron la Embajada saudí en Teherán y el Consulado de Mashad, ante la inacción de las fuerzas de seguridad iraníes. Desde Afganistán hasta Cachemira se organizaron manifestaciones para denunciar un acto cometido no contra un individuo, sino contra toda una comunidad. La escalada no cesó y Arabia Saudí y sus aliados del Consejo de Cooperación del Golfo -con la excepción de Omán- decidieron romper relaciones diplomáticas y económicas con Irán. Este episodio, junto con los frecuentes altercados en torno a la peregrinación a La Meca, evidencia la delicada situación que viven las relaciones bilaterales que cada vez tienen más tintes sectarios y reflejan la creciente tensión entre los bloques sunní y chií, pero que también guardan una estrecha relación con el enfrentamiento geoestratégico en pos de una mayor influencia en la región.

Este enfrentamiento resurgió con la revolución islámica iraní en 1979. La teoría de *velayat-e faqih* del ayatolá Jomeini promovía el derrocamiento del Shah de Persia, considerado ilegítimo y corrupto, y su sustitución por una república islámica de carácter revolucionario y antiimperialista regida por la *sharia* y dirigida por los jurisconsultos 'ilustrados y justos'. Irán no pretendía en teoría instaurar el principio de *velayat-e faqih* en otros países, pero no dudó en apoyar a diversos movimientos y grupos armados chiíes en el mundo árabe escudándose en la necesidad de poner fin a su persecución y ostracismo. La creación de Hezbollah en Líbano evidenció que dicho apoyo se traduciría en una mayor influencia iraní en su órbita árabe.

La guerra entre Irán e Irak (1980-1988) representa el punto de partida de los conflictos confesionales en el Oriente Próximo contemporáneo, que redefinen permanentemente el equilibrio de fuerzas en la región. La contienda favoreció la creación del Consejo de Cooperación del Golfo, organización regional liderada por Arabia Saudí que tiene como principal objetivo mantener la estabilidad en la península Arábiga y frenar a un Irán en plena fase de expansión. Dicho conflicto acentuó el antagonismo entre comunidades (árabes contra persas y chiíes contra sunníes) y favoreció que las minorías chiíes de la región buscaran una mayor cohesión. Al mismo tiempo, las monarquías sunníes del Golfo mostraron su apoyo a Irak ante lo que consideraban una provocación constante por parte de los líderes de la revolución iraní.

En marzo de 1991, tras la invasión de Kuwait y la Guerra del Golfo, Omán medió entre Irán y Arabia Saudí, que llegaron a un acuerdo sobre los problemas anteriores relacionados al peregrinaje y reanudaron sus relaciones diplomáticas. Esto sentó las bases de un acuerdo firmado por Hassan Ruhani, en aquel entonces secretario del Consejo Nacional Supremo, por el que Irán se comprometía a no inmiscuirse en los asuntos de los estados árabes del Golfo. Una mayor cooperación tuvo lugar en ámbitos como el de la energía, en el que llevó al diseño de una política común en el seno de la OPEP.

La invasión de Irak y el posterior derrocamiento de Saddam Hussein en 2003 marcan un punto de inflexión, ya que permitieron que Irán plantara las semillas de

su expansión en la región. El Rey Abdullah de Jordania mostró su preocupación ante el desarrollo de una 'media luna chií' (Teherán-Bagdad-Damasco-Beirut) el día después de la llegada al poder del primer ministro Nuri Al-Maliki en Irak al afirmar: 'Si un Irak dominado por los chiíes tiene una relación especial con Irán, y extendemos esa relación a Siria y Hezbollah en el Líbano, tenemos una nueva media luna que sería muy desestabilizadora para los países del Golfo y, en realidad, para toda la región'. En el imaginario colectivo sunní fue tomando forma la existencia de un bloque chií, íntimamente relacionado con el denominado Eje de la Resistencia formado contra Israel. Las tensiones sectarias en Siria, en Irak y en Yemen evidenciarían que esta tensión sunní-chií no sólo no se ha frenado, sino que se ha intensificado en el último lustro.

La política exterior saudí ha adoptado tintes cada vez más sectarios en los últimos años. Lo que es esencialmente una lucha geopolítica se ha visto reducida a un enfrentamiento religioso entre sunníes y chiíes, en una instrumentalización interesada de la religión destinada a movilizar a la población. Esta política cuenta con el respaldo de las más altas autoridades religiosas: el Gran Muftí ha afirmado que los iraníes están 'cooperando en el pecado y la agresión' al apoyar a los insurgentes chiíes en Yemen. Proyectar temores domésticos en la región intensifica, además, la tensión sectaria y el temor a la inestabilidad en el interior del reino, que cuenta con entre un 10 y un 15% de población chií.

El Plan Integral de Acción Conjunta (JCPOA, por sus siglas en inglés), acuerdo en torno al programa nuclear iraní firmado en Viena con el Grupo 5+1 (Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Rusia y China) el 14 julio de 2015 acrecentó el sentimiento de vulnerabilidad saudí. Arabia Saudí ve reducida su influencia en la región a expensas de Irán, que en la actualidad ve su postura reforzada en Irak y Siria y *vis-à-vis* la comunidad internacional. El nuevo rol de Teherán no representa para los saudíes simplemente una amenaza desde el punto de vista de la influencia y la seguridad, sino también en diversos ámbitos entre los que destaca la economía, y muy particularmente la energía, en virtud del levantamiento de sanciones y el retorno al mercado del petróleo. Durante la campaña electoral, Donald Trump consideraba que se trataba de un acuerdo desfavorable para los intereses de Estados Unidos y que lo revisaría en cuanto llegase a la Casa Blanca, aunque la complejidad del acuerdo hace extremadamente difícil dar el mismo por terminado de forma unilateral, gran parte del Congreso y Senado estadounidenses se han mostrado favorables a intensificar las sanciones contra Irán.

La rivalidad con Irán tiene por tanto menos que ver con las cuestiones sectarias que con la oposición saudí a la creciente influencia iraní en la región. Esto explica la estrategia desplegada por Arabia Saudí desde 2015: la creación de una coalición árabe en Yemen con sus aliados del Golfo, la ruptura de relaciones con Irán en 2016 y tratar de forzar a Estados Unidos a hacer una elección imposible. Arabia Saudí también ha estrechado los vínculos con actores no estatales regionales (como tribus, milicias y partidos políticos) con el objeto de influir en la política interna de los países del entorno. Los diplomáticos saudíes argumentan que simplemente están respondiendo al mismo tipo de acciones por parte de Irán. Teherán, por su parte, no ha dejado de mostrarse crítica con el reino saudí, tal y como evidenció un artículo de opinión publicado en septiembre de 2016 por el ministro de Asuntos Exteriores Javad Zarif en el *New York Times* bajo el titular 'Libremos al mundo de

wahabismo'. Así, ambos contribuyen a intensificar conflictos transfronterizos y al mismo tiempo a debilitar la soberanía de varios Estados de la región.

Ahondar en una política de identidad sectaria desempeña un papel clave al ayudar a definir un 'nosotros' y un 'ellos'. De acuerdo con una encuesta realizada en 2015 por el Washington Institute of Near Eastern Affairs, el 49% de los saudíes ve las últimas políticas de Irán como 'muy negativas' y el 42% como 'negativas'. Arabia Saudí dejó clara su posición en la Cumbre de la Organización por la Cooperación Islámica celebrada en Estambul en abril de 2016. Cuatro artículos del comunicado final, insistían en que Irán debía respetar 'la independencia y la soberanía' del resto de países islámicos, haciendo incluso mención a su supuesto apoyo al terrorismo. Esto ha generado un no desdeñable dilema entre el sector más moderado de la familia real, que aboga por, si no el fin, si la relajación del discurso sectario, y el sector más reaccionario, que cree firmemente que el sectarismo es una herramienta indispensable para garantizar su poder presente y futuro.

2.4. Los frentes de la batalla

Las filtraciones del Ministerio de Asuntos Exteriores saudí desveladas por Wikileaks confirmaron que el Reino ha recurrido durante décadas a su riqueza petrolera e influencia religiosa para tratar de influir en los acontecimientos regionales y apoyar la postura de aliados que compartieran su visión del mundo. Las revueltas populares en Túnez y Egipto a principios de 2011 representaron un golpe considerable para las autoridades saudíes. Desde entonces han tratado de limitar el daño en su propio país y en otros lugares del mundo árabe. La política exterior de Arabia Saudí podría sin embargo ser tildada de contradictoria: a un mismo tiempo ha promovido la subida al poder de líderes autoritarios afines en países como Abd al-Fattah al-Sisi en Egipto y ha secundado a grupos armados que tratan de derrocar a Bashar al-Asad en Siria. El único hilo conductor parece ser su rivalidad con Irán y su enemistad hacia los Hermanos Musulmanes.

A pesar de que Egipto fue durante décadas el rival tradicional de Arabia Saudí por la dominación del mundo árabe sunní, la Primavera Árabe y sus sacudidas posteriores permitieron en cierto modo que los países del Golfo salieran beneficiados de la inestabilidad en el Norte de África y reforzaran sus alianzas, tanto con los nuevos actores como los tradicionales. Este es el caso por lo que a respecta a las relaciones de Arabia Saudí no sólo con Abd al-Fattah al-Sisi en Egipto, sino también con el general Haftar en Libia, así como con los representantes del antiguo régimen en Túnez. Al igual que ocurre con Siria, Libia representa un campo de batalla simbólico para las ambiciones entre las potencias sunníes y en el país norafricano se puso en marcha una estrategia multidimensional que incluía asistencia militar, reconocimiento diplomático y ayuda financiera.

Arabia Saudí ha asumido el rol de líder de la región como consecuencia del debilitamiento de los líderes autoritarios, el vacío de poder en algunos países, la necesidad de cortocircuitar la Primavera Árabe e impulsar su modelo reaccionario. La única alternativa al *statu quo* que perfila el discurso oficial es la destrucción y el caos. Su principal argumento y tarjeta de presentación es la lucha contra el terrorismo. Tras las revueltas de 2011, el gobierno saudí tendió una mano a sus aliados más cercanos, poniendo a su disposición grandes cantidades de petrodólares que les permitieran hacer frente a posibles insurgencias o, en caso de

que esto ya no fuera suficiente, como fue el supuesto de Bahréin, prestándoles asistencia militar. El Consejo de Cooperación del Golfo, a propuesta saudí, propuso la creación de un fondo de 20.000 millones de dólares a disposición de las monarquías menos ricas de Omán y Bahréin. Asimismo, los Reyes de Jordania y Marruecos recibieron invitaciones para unirse al Consejo de Cooperación del Golfo, que rechazaron de manera amable.

A partir de 2011, la política exterior saudí experimentó una notable militarización en paralelo con la reducción del compromiso militar estadounidense en la región, que durante décadas había garantizado la seguridad de la península Arábiga. Así lo confirman datos actualizados sobre el comercio de armas a nivel internacional, que sitúan a Arabia Saudí en segundo lugar entre los principales importadores de armamento, con un porcentaje de adquisiciones equivalentes al 7% del total mundial. Según el balance publicado por el SIPRI, las compras de armas pesadas (*'major weapons'*) de Arabia Saudí entre el período 2006-10 y 2011-15 se han incrementado en un 275% (en el mismo período, la venta de armas en toda la región aumentó también de manera significativa, en un 61%). Arabia Saudí es el principal importador de armas de la región (27% de las armas dirigidas a Oriente Próximo). Durante el período 2011-2015, el 46% de las armas que adquirió provienen de Estados Unidos, un 30% del Reino Unido y un 6% de España.

Gasto militar en algunos países de la región (% PIB)

	2010	2011	2012	2013	2014
Arabia Saudí	8,6	7,2	7,7	9	10,4
EAU	5,7	5,2	4,8	5,5	5,1
Irán	3,2	2,5	2,3
Israel	16,3	6	5,7	5,8	5,2
Oman	8,3	9,6	5,9	14,8	11,6

La primera intervención militar *per se* tuvo lugar en marzo de 2011, cuando unidades militares y de policía del Consejo de Cooperación del Golfo, principalmente de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, entraron en Bahréin. Su misión era evitar la caída de la monarquía bahreiní y sofocar el levantamiento popular que estaba tomando fuerza y que incluía a elementos de toda la población. El Rey Hamad bin Isa Al Jalifa pidió apoyo del Consejo de Cooperación del Golfo y acusó a Irán de incitar a la mayoritaria población chií contra la dinastía sunní, aunque sin aportar prueba alguna. El levantamiento fue aplastado y hubo derramamiento de sangre, aunque sin la participación directa de las fuerzas extranjeras.

Las dinastías Saud y Jalifa han mantenido estrechos vínculos desde hace muchos años a través de conexiones tribales y religiosas, a lo que se añadía una no desdeñable dimensión económica. Los 25 kilómetros de Puente del Rey Fahd permiten a un gran número de saudíes visitar la capital de Bahréin, Manama, donde pueden disfrutar de diversas actividades de ocio. Cualquier amenaza para el *statu quo* en Bahréin, sobre todo si proviene de la mayoría chií, que ha sido discriminada durante décadas, hace sonar las alarmas en Riad. Los saudíes también temen que los disturbios en Bahréin puedan crear un efecto contagio entre la minoría chií en la

Provincia Oriental. A esto se une el miedo de que Irán atice la insatisfacción en el vecindario.

La aproximación saudí a Libia fue diferente. En dicho país, Arabia Saudí apoyó el derrocamiento de un régimen con el que había tenido unas relaciones complicadas. Riad se puso del lado de los insurgentes y algunas fuentes señalan que podría haber llegado a suministrar armamento a los rebeldes. La diplomacia saudí desempeñó un papel crucial en el seno de la Liga Árabe, que adoptó una resolución solicitando al Consejo de Seguridad de la ONU establecer zonas de exclusión aérea sobre Libia. Algunos analistas apuntan a que la Administración de Obama fraguó un acuerdo con la Casa de Saud por el que Estados Unidos aprobara la Resolución 1.973 y permitiese la caída de Gadafi a cambio de que Washington autorizase la intervención de Riad en Bahrén.

Desde la perspectiva saudí, Irak ha pasado de ser un escudo en el Este del mundo árabe y sunní, para resistir la presión persa y chií, a una marioneta controlada por Irán. Riad ve al gobierno de Bagdad como poco menos que un satélite de Teherán y un potencial aliado de Irán en un eventual choque entre Riad y Teherán. El influyente clérigo chií Muqtada Al-Sadr ha avivado en varias ocasiones las tensiones entre ambos países denunciando públicamente el trato que las comunidades chiíes reciben en Arabia Saudí y criticando el apoyo saudí a las milicias sunníes y los grupos yihadistas iraquíes. La creciente influencia de las milicias chiíes representa una grave amenaza para Riad, que ha realizado ejercicios militares en el norte del reino bajo el nombre Trueno del Norte.

La designación de Haidar Al-Abadi como primer ministro en agosto de 2014 contribuyó a relajar las tensiones entre los dos países, ya que era percibido como un líder menos beligerante que su antecesor Nuri Al-Maliki. El propio gran ayatolá iraquí Ali Al-Sistani asumió un papel prominente en la designación de Abadi y se mostró partidario de la normalización de las relaciones con Arabia Saudí. En junio de 2015, Arabia Saudí anunció que reabriría su embajada en Bagdad, cerrada desde hacía 25 años. Varias autoridades iraquíes, incluido el Presidente Fuad Masum, han visitado Riad estos últimos meses, allanando el camino para el restablecimiento de las relaciones. A pesar de que la ejecución del jeque Al-Nimr también provocó protestas en Irak, Bagdad mantiene en pie su oferta de mediar entre Irán y Arabia Saudí para apaciguar las tensiones entre ambos.

La forma en que Arabia Saudí abrazó el levantamiento en Siria contrasta con su intervención en el Yemen. Ante las primeras protestas en Daraa de marzo de 2011, las autoridades saudíes expresaron su apoyo al régimen sirio, al que consideraban, como otros países del vecindario, amenazado por las revueltas populares. Tras la intensificación de la represión, el Rey Abdullah pidió al Presidente Bashar Al-Asad que aliviara la tensión e introdujera reformas. A partir de verano, Riad modificó su posición y el embajador saudí fue llamado a consultas. La entrada en liza de Irán y Hezbollah a favor del régimen sirio fue respondida con el apoyo saudí a los grupos rebeldes, sobre todo aquellos de ideario salafista, mediante la entrega de armas ligeras, ya que Estados Unidos pretendía evitar que dicho armamento cayese en manos de los grupos yihadistas. En los años siguientes, la guerra siria se acentuaría como consecuencia de su regionalización y de la intervención de las diferentes potencias regionales que dirimieron en Siria una guerra a través de actores interpuestos.

La irrupción en escena del Daesh provocó cambios en la posición saudí, que pasó a considerar a dicha organización como una amenaza potencial. De hecho, Arabia Saudí decidió participar en la coalición internacional creada por Estados Unidos para combatir al Daesh tanto en Siria como en Irak. La intervención rusa en el país árabe en septiembre de 2015 provocó un giro drástico en la distribución de fuerzas y una recuperación de terreno por parte del régimen. Ante esta situación, altos mandos saudíes mostraron, en febrero de 2016, su disposición a intervenir con tropas sobre el terreno. Además de su respaldo a diferentes grupos armados de inspiración salafista como Ahrar al-Sham y el Ejército del islam que aspiran a erigir un Estado islámico, Riad se ha declarado partidaria de una solución negociada siempre que implique la salida de escena de Bashar al-Asad, una línea roja a la que no estaban dispuestos a renunciar. En el curso de los últimos meses, como consecuencia de los reveses militares de las fuerzas rebeldes, Arabia Saudí ha ido modulando su discurso y parece dispuesto a ceder en lo que a la salida de Asad se refiere.

Las interferencias de Arabia Saudí en Yemen se remontan a la década de los sesenta del pasado siglo. Yemen es, junto a Mauritania, el país más pobre del mundo árabe. A esto se añaden enfrentamientos e inestabilidad crónicos, lo que ha llevado a una situación de Estado cuasi fallido. La situación en el país vecino siempre ha representado una amenaza inmediata para la estabilidad de Arabia Saudí, en cierto modo su propio 'patio trasero'. La localización de Yemen es estratégica desde el punto de vista del control marítimo de Bab al-Mandib, el paso del océano Índico al mar Rojo. Al igual que en el caso de Bahréin, lo que ocurra en este país prácticamente representa una cuestión interna para Riad, que pone ambos dossiers a cargo del Ministerio del Interior y no del Ministerio de Asuntos Exteriores. Si Yemen implosionara, las consecuencias para Arabia Saudí serían incalculables y millones de yemeníes intentarían cruzar la frontera. Un precedente de la situación actual fue la guerra civil entre 1962 y 1967 en la que la monarquía saudí, por temor a que la revolución tuviera efectos contagiosos, se comprometió a hacer todo lo que estuviera a su alcance para restablecer el imanato (paradójicamente, un imanato chií zaidí). El 'muro de seguridad' en construcción a lo largo de gran parte de los 1.800 kilómetros de montañosa frontera sería inútil a la hora de evitar el contagio de la inestabilidad.

La Primavera Árabe intensificó aún más esta sensación. Cuando en 2011 las protestas se extendieron de Sanaa a otras ciudades yemeníes, Arabia Saudí lideró las negociaciones para poner en marcha el proceso de transición en el marco del Consejo de Cooperación del Golfo, que convenció al antiguo Presidente Ali Abdullah Saleh para que abandonara su cargo, se refugiara en Riad y fuera reemplazado por su vicepresidente Abd Rabbo Mansur Hadi. Hadi fue elegido presidente sin oposición en las elecciones de 2012, aunque numerosos actores dentro del país mostraron su descontento con los resultados. Los rebeldes huzíes de Ansar Allah, un movimiento chií zaidi que ha sido acusado de ser apoyado por Irán aunque sin aportar ninguna prueba fehaciente de ello, tomó el control del gobierno de Yemen a través de una serie de avances territoriales en 2014 y 2015, que le llevaron de la norteña ciudad de Saada de la que procedían a la capital Sanaa y, posteriormente, a la costera Adén: un punto estratégico para el control del estrecho de Bab al-Mandib.

Los huzíes se aliaron con sectores de las fuerzas armadas leales al ex Presidente Saleh, así como con sectores revolucionarios descontentos con el proceso de

transición iniciado en 2011. En septiembre de 2014, los huzíes capturaron Sanaa, derrocando al gobierno de Hadi. Poco después fue alcanzado un acuerdo de paz y reparto de poder (conocido como el Acuerdo de Paz y Cooperación) entre el gobierno y los huzíes, que ninguna de las partes llegó a respetar. Un conflicto en torno a un proyecto de Constitución -muy en particular la declaración o no de un modelo federal- motivó que los huzíes consolidaran el control sobre la capital de Yemen en enero de 2015. Hadi y su primer ministro renunciaron a su cargo y permanecieron bajo arresto domiciliario durante un mes, tras lo cual Hadi huyó a Aden, donde retiró su renuncia y volvió a acusar los huzíes de haber perpetrado un golpe de estado. Las fuerzas huzíes activaron entonces su ofensiva sobre Aden, que Hadi había declarado capital provisional de Yemen. Arabia Saudí envió numerosos efectivos militares a su frontera con Yemen.

Como consecuencia de la ofensiva de los huzíes sobre Aden, Arabia Saudí decidió intervenir en respuesta a las peticiones de asistencia por parte del depuesto Presidente Hadi. Arabia Saudí encabezó una coalición de nueve Estados árabes que lanzó ataques aéreos contra las fuerzas huzíes y los leales al ex Presidente Saleh e impuso un bloqueo aéreo y naval sobre el país el 26 de marzo, en una intervención militar denominada Operación Tormenta Decisiva bajo la dirección de Muhammad Bin Salman, el todopoderoso ministro de Defensa. En esta coyuntura, el Presidente Hadi se vio obligado a abandonar el país en dirección Arabia Saudí. El objetivo de la coalición era restablecer en su cargo al presidente reconocido internacionalmente. Nacional y regionalmente, su narrativa se centra en luchar contra la influencia de Irán en la península Arábiga, manteniendo de este modo una esfera de influencia tradicionalmente árabe.

La intervención militar saudí ha recibido críticas generalizadas y ha deteriorado drásticamente la situación humanitaria sobre el terreno. Un informe de septiembre de 2015 del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos llegó a la conclusión de que en junio de 2015 casi dos tercios de los civiles muertos en el conflicto de Yemen lo habían sido como consecuencia de los ataques aéreos llevados a cabo por la coalición. Por si esto fuera poco, el conflicto ha servido para que Daesh y Al-Qaeda en la Península Arábiga ganen terreno, e incluso apoyo, en varias zonas del país. La situación en Yemen parece estar fuera de control, lo que podría exacerbar las tendencias centrífugas existentes en el país como consecuencia de la introducción de un nuevo elemento sectario, que en última instancia podría conducir a la desintegración estatal. Por si esto fuera poco, los enfrentamientos han puesto de relieve los costes para Arabia Saudí de un conflicto más largo de lo previsto. A medida que se suceden las iniciativas internacionales de paz frustradas, cada vez más ciudadanos yemeníes se posicionan contra la coalición liderada por Arabia Saudí, independientemente de su filiación sectaria.

Uno de los instrumentos concebidos por Arabia Saudí para reafirmar su influencia en la región, de manera especial entre los países sunníes alarmados por el avance de Irán, fue establecer una Unión del Golfo a partir del Consejo de Cooperación del Golfo, concebida como contrapeso al denominado Eje de Resistencia. Una unión liderada por Arabia Saudí que, en el caso de concretarse, representará una entidad a tener en cuenta desde el punto de vista económico, militar y, por supuesto, político. Esta iniciativa no contó con el apoyo de Omán, que pretende mantener relaciones amistosas con Irán (como fue el caso de Qatar en un pasado no lejano) y que presume de una potente e independiente política exterior. La intención de

Arabia Saudí es la de luchar contra tres amenazas al *statu quo*: la influencia iraní, el avance de los Hermanos Musulmanes y la amenaza del yihadismo.

Otro campo de batalla de la guerra fría de Oriente Próximo es Líbano, país en el que la influencia de Arabia Saudí se ha reducido en los últimos años. Fue en la ciudad saudí de Taef donde se firmó el acuerdo que puso fin en 1989 a la guerra civil que asoló el país durante 15 años. Riad se erige como uno de los socios clave de Saad Hariri, líder del movimiento Futuro y cabeza visible de la Coalición 14 de Marzo. Esta última se opone a la Coalición 8 de Marzo encabezada por Hezbollah, aliado vital de Irán. Precisamente aludiendo a que el país no condenó los ataques contra las misiones diplomáticas saudíes en Irán, pero también en protesta por el apoyo continuado de Hezbollah al régimen sirio, Arabia Saudí anunció el 19 de febrero de 2016 que interrumpía la financiación de 4 millones de dólares para las Fuerzas de Seguridad y los servicios de seguridad libaneses. El siguiente paso fue declarar -tanto Arabia Saudí como los países del Consejo de Cooperación del Golfo- a Hezbollah como organización terrorista. La elección de Michel Aoun, un estrecho aliado de la milicia islamista chií, como nuevo presidente de Líbano supone un nuevo revés para la política regional saudí, que ha tenido que contentarse con el nombramiento de su fiel aliado Saad Hariri como Primer Ministro.

Por último, resulta de cada vez mayor importancia destacar que la Guerra Fría con Irán se ha extendido hacia otros terrenos de juego, como es el caso del continente africano. A principios de 2016, Somalia y Sudán se alejaron de Irán y se aproximaron a Arabia Saudí a cambio de acuerdos comerciales y ayudas económicas.

Por otra parte, una de los efectos colaterales de esta Guerra Fría parece ser un cambio progresivo de postura de Riad frente a Israel, al menos en lo que a nivel gubernamental respecta. Israel y Arabia Saudí se enfrentan a amenazas similares como Irán y Daesh, ámbitos en los que ha existido una no desdeñable cooperación en los últimos años. También les unió su recelo a la política exterior de Obama hacia la zona, así como una lucha constante para deslegitimar una opinión pública internacional cada vez más crítica y negativa. Las autoridades saudíes no parecen tener reparos en reconocer que no consideran a Israel como enemigo y, aunque siguen haciendo hincapié en la necesidad de resolver la cuestión palestina -y de hecho sugirieron en 2016 la idea de reflatar la Iniciativa Árabe de Paz-, su tono tenía mucho de pragmático y poco que ver con el beligerante empleado en el pasado.

3. Conclusiones

No es la primera vez que se escuchan rumores sobre un eventual colapso de Arabia Saudí. Arabia Saudí hace frente desde el punto de vista doméstico a una bomba de relojería económica, social, demográfica y sectaria. Algunos de los problemas que llevaron a los ciudadanos a tomar las calles para provocar la caída de gobernantes autoritarios en países más pobres, como Egipto o Túnez, son hoy motivo de tensión en el país: corrupción, desempleo, pobreza y ausencia de cualquier perspectiva seria de reforma política. En los últimos años se han multiplican las incertidumbres en torno a la sostenibilidad del modelo económico en un momento de relevo generacional y caos regional.

Tarde o temprano, y a no ser que los nuevos 'hombres fuertes' dentro de la familia real consigan capear el temporal y propiciar un cambio de rumbo, estos factores podrían generar una tormenta perfecta. La Casa de los Saud es consciente de ello y se adivina sitiada, como evidencia la ferocidad de su enfrentamiento con los Hermanos Musulmanes, frente a Irán y todo lo que tenga alguna conexión con el chiísmo y frente a sus propios disidentes internos. La represión se multiplica no sólo ante cualquier muestra de insatisfacción respecto del sistema, sino también ante cualquier señal de una radicalización que el reino lleva años alimentando.

El reino está dirigido por una gerontocracia desconectada de una población joven y su economía está lastrada por una apremiante falta de dinamismo. El mantenimiento de las lealtades y la sostenibilidad del Estado rentista dependen en gran medida de la evolución de los precios del crudo, que en los últimos años han estado sometidos a una espiral bajista. El reto que afrontan Salman y su hijo, símbolo del relevo generacional, no es sino lograr la transformación de una economía rentista en una economía moderna y competitiva, inaugurar un periodo 'post-Quincy' en las relaciones con Estados Unidos tras el acceso a la presidencia de Trump, sin ceder el poder absoluto de la familia y poner en peligro la propia esencia de su legitimidad. Modificar el contrato social sin llegar a romperlo, a lo que ayuda enormemente que muchos saudíes se sientan afortunados al comparar su situación con la de otros países árabes y estimar así sobremanera la estabilidad de la que el régimen se presenta como garante.

Muhammad Bin Salman, actual ministro de Defensa, ha hecho depender su reputación personal de dos iniciativas paralelas: la intervención militar en Yemen y su Plan Visión 2030 para revitalizar la economía. MbS persigue acabar con el arraigado principio según el cual, en sus palabras, 'el petróleo se ha convertido en nuestra Constitución', pero no ha planteado otros pilares alternativos sobre los que

repose su nuevo modelo estatal capaces de reemplazar a los vigentes desde hace décadas: religión, tribalismo e hidrocarburos. Por un lado, la doctrina religiosa wahabí se basa en principios ciertamente conservadores, opuestos frontalmente a todo signo de modernidad. Al mismo tiempo, la creación de una economía basada en la productividad obliga a dar forma a una sociedad de clases incompatible con cualquier estructura tribal.

Si tiene éxito, podrá silenciar a las voces críticas dentro de Palacio y progresivamente devolver al país a un lugar cómodo entre las naciones ricas. Si, por el contrario, fracasa se enfrentará a una doble crisis, no solo desde arriba sino también desde abajo. Cuando, como parece inevitable en el medio plazo, el petróleo se agote, Arabia Saudí estará abocada a la inestabilidad económica y social. Si la lealtad no se puede comprar con petrodólares, Muhammad Bin Salman y sus aliados tendrán que replantearse sus reformas económicas -los recortes seguirán siendo la tónica en el corto y medio plazo- y quizás plantearse seriamente alternativas que impliquen dar a los saudíes mayor voz en el futuro del Reino, algo que podría representar una amenaza para la propia dinastía. En anteriores ocasiones, las soluciones planteadas para afrontar las crisis económicas han pasado por aumentar el peso específico del estamento religioso, algo que no parece factible a estas alturas, por lo que todo indica a que la monarquía sólo podrá sobrevivir si sigue consiguiendo robustecer su legitimidad interna.

Con la vista puesta en apaciguar a su población, la Casa de los Saud ha desplegado varias estrategias para garantizar que los ciudadanos más jóvenes del país estén preparados para afrontar el camino repleto de dificultades que les espera. La Corona necesita de su aceptación y las autoridades ansían que este segmento de la población confíe en que las reformas del gobierno reviertan en su beneficio, incluso aunque puedan llegar a implicar cargas adicionales en el corto plazo en el caso de que se retiren algunos de los generosos subsidios con los que se garantizaba la paz social. El horizonte que dibuja el Plan Visión 2030 se presenta lleno de esperanzadoras promesas, pero también de enormes incertidumbres. Si Riad se gana el apoyo de los jóvenes en lo que a los aspectos económicos y sociales de la reforma se refiere, será más probable que el gobierno continúe su implementación, incluso en el caso de que el precio del petróleo prosiga su recuperación y permita retomar las políticas rentistas del régimen.

A la hora de acometer estas necesarias reformas, Arabia Saudí se enfrenta a obstáculos mucho mayores que sus vecinos Qatar y Emiratos Árabes Unidos. El reino encabeza una intervención militar directa en Yemen -cuyo trasfondo no es sino la pugna con su archienemigo, Irán, por el liderazgo regional- que cada vez parece más difícil de gestionar, por no hablar de otros frentes de batalla en los que Arabia Saudí interviene con menor intensidad o 'por delegación', como Siria. El intervencionismo sin precedentes del país y sus líderes parece más reflejo de su creciente preocupación por un posible colapso del orden regional que una muestra de confianza en sus propias capacidades.

Hoy en día, la estabilidad de Arabia Saudí no sólo pasa por garantizar la ausencia de muestras de descontento socio-político en el interior de sus fronteras o la seguridad de su círculo de aliados regionales, sino también en evitar vacíos políticos que puedan ser rentabilizados por Irán y sus aliados. Las autoridades saudíes consideran, en público y en privado, que Irán es el principal responsable de gran

parte de la agitación regional. Acusan a la República Islámica de fomentar la guerra civil, promover el sectarismo y socavar la estabilidad de países como Siria, Líbano, Irak y Yemen. Riad se siente además enormemente frustrado por lo que considera una respuesta insuficiente de Estados Unidos frente a estos retos que tendrán una influencia determinante en el devenir de la región, especialmente cuando cada vez más voces en Washington cuestionan la conveniencia de mantener la alianza tradicional con los saudíes en los mismos términos que hasta ahora. La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca no hace más que acrecentar las incertidumbres a este respecto.

En los países de mayoría islámica estos últimos años han traído consigo una tensión constante entre modernización y tradicionalismo religioso. Algunos sectores ven la modernización como el vehículo a través del cual el reino puede, de una vez por todas, enfrentarse y derrotar al extremismo, promover un sector privado dinámico y superar los retos económicos que se avecinan. Los propios ciudadanos saudíes son conscientes de que asegurar la longevidad del actual sistema implica también cambio, aunque sea un cambio de carácter gatopardiano que implique cambiar todo para que todo siga igual. La transición generacional en curso ha dado lugar a una centralización del poder, a una política más intervencionista y, a la vez, menos consensuada. Una asertividad que también se ha hecho sentir en el ámbito exterior. Arabia Saudí se postula como líder indiscutible del mundo árabe y de la comunidad sunní, pero sus recientes incursiones han desatado críticas sin precedentes. En tiempos de austeridad y de recursos limitados, los gastos en defensa y ayuda a otros países compiten en las mentes y corazones de los súbditos con las inversiones en bienestar y empleo.

La sociedad saudí es heterogénea y cada vez son más profundas las brechas que separan a sus ciudadanos: desigualdad entre comunidades, entre ciudadanos, entre géneros y entre generaciones. Por el momento resulta difícil negar que existe un vínculo de pertenencia y lealtad –creencia en la obediencia absoluta (*wali al-amr*) al rey– que les mantiene unidos. Una sociedad estructurada en torno a lo que Oliver Roy denominó ‘ignorancia santa’ (*‘holy ignorance’*) para referirse al fenómeno socio-cultural contemporáneo en virtud del cual la modernidad secular conduce a la objetivación de la religión⁷. El documento explicativo sobre el Plan Visión 2030 hecho público refuerza esta idea al señalar: ‘El primer pilar de nuestra visión es nuestro estatus como el corazón del mundo árabe e islámico’, derivado de la presencia de los Lugares Sagrados del islam en su territorio: ‘Un regalo de Dios más precioso que el petróleo’.

La respuesta de las autoridades saudíes a la creciente contestación interna no ha sido tan violenta como cabría esperar, excepción hecha de la réplica a las protestas chiíes en la Provincia Oriental, en un marco de narrativa sectaria, dentro y fuera de las fronteras, que gran parte de la población aún cree a pies juntillas o, al menos, así lo expresa. Una oposición cada vez más violenta no representaría una novedad, ya que las fuerzas de seguridad llevan desde hace años preparándose para tal eventualidad. Además, debe tenerse en cuenta que las escasas voces disidentes se

⁷ Esto es, una construcción, un objeto parte de la realidad social, definida sobre la base de normas e indicadores coherentes, en este caso con los preceptos religiosos dictados por los principales ulemas (práctica religiosa o *‘ibadat*).

encuentran profundamente divididas entre sí y que existe una evidente brecha sectaria que separa a los opositores sunníes de los chiíes.

Lo que no ha conquistado la educación, lo consiguen poco a poco las redes sociales. Los jóvenes tantean el pensamiento crítico y comienzan a plantear exigencias de reforma: una reforma gradual y no súbita que pueda poner en peligro la estabilidad del país. Thomas Lippman señala que 'hay poca evidencia de que alguna parte sustancial de la población saudí quiera reemplazar el régimen. [...] Para bien o para mal, el mundo exterior puede asumir que la Casa de los Saud resistirá mientras los ingresos del petróleo continúen fluyendo en sus arcas'. Con la perspectiva de que no siempre será así, el régimen introduce reformas tímidas e insuficientes. El objetivo final que persiguen puede ser doble: lanzar un mensaje de apertura a Occidente y responder a algunas de las demandas de la población. Su éxito dependerá de la capacidad de las elites de dar una respuesta convincente a las exigencias de los ciudadanos y a los grupos reformistas saudíes.

Arabia Saudí también debe hacer frente a dos desafíos internos de calado. Por una parte, las demandas de igualdad de una minoría chií denostada por la narrativa oficial y gran parte de la población, pero imposible de ignorar a estas alturas. De otra parte, la amenaza del Daesh no sólo en los países fronterizos, sino incluso en territorio saudí. Se suma a todo ello una batalla por la propia alma de Arabia Saudí. Queda por ver si el proyecto de Muhammad Bin Salman, que cuenta con el decidido respaldo de su padre el Rey Salman, consigue llevarse a la práctica y, con ello, asegurar una transición exitosa a largo plazo. A corto plazo, la apuesta parece limitada a un plan de fuerte contenido económico, articulado por consultores externos insensibles a las limitaciones estructurales, a las demandas de la población y a las luchas de poder y a los equilibrios internos dentro del reino.

Samuel Huntington acuñó la expresión 'dilema del rey' para describir el fenómeno al que se enfrenta la familia real saudí, apremiada a poner en marcha reformas pero en una dosis muy precisa para no poner en peligro su propia supervivencia. Esta implementación deberá ser prudente para que el país no se encuentre en la situación post-perestroika de liberalización económica y social a la que Rusia hubo de enfrentarse. En esta 'trampa' cayeron el Shah de Irán con su Revolución Blanca y el soberano de Bahréin, al permitir un grado mínimo de pluralismo político. El propio príncipe heredero Fahd se enfrentó a este dilema al final de la década de 1970, cuando declaró que 'una vez que nos embarquemos en este camino, no habrá vuelta atrás. Al final tendremos que hacer frente a elecciones directas, nadie dice que tenemos que hacer eso ahora'. Aún así hay que tener en cuenta que cualquier movimiento en esa dirección podría ser bloqueado por dos actores clave. En primer lugar, por las resistencias dentro de la familia real, que ya ha hecho muestra de su crispación con respecto al dilema sucesorio, que reduciría la influencia de los Saud en los asuntos de Estado. En segundo lugar, por una postura de bloqueo por parte del estamento religioso más conservador, que puede llegar a negar la legitimidad de las decisiones adoptadas por Palacio.

El futuro de Arabia Saudí dependerá también de la evolución de las relaciones con Estados Unidos, su sempiterno aliado en la escena internacional. Tras las elecciones del 8 de noviembre de 2016, el Rey Salman felicitó al Presidente electo Donald Trump, a pesar de sus incendiarias declaraciones en torno al islam. En los últimos años, los mandatarios del Golfo Pérsico han mostrado su descontento con la

Administración de Obama por su apoyo a la Primavera Árabe, su renuencia a intervenir en la guerra siria y su firma del acuerdo nuclear con Irán. Durante su campaña electoral, Trump se ha referido a las monarquías sunnís del Golfo con desdén e, incluso, llegó a amenazar con hacer que Arabia Saudí pague por la protección militar que le otorga Estados Unidos. El Presidente electo también ha sugerido que podría frenar las importaciones de petróleo del reino para impulsar la industria energética estadounidense, y en un momento dado durante la campaña electoral, llegó a culpar a Riad de los ataques del 11 de septiembre de 2001. Expertos y responsable del Golfo Pérsico se muestran inquietos ante la imprevisibilidad y posible aislacionismo de Trump, que podrían beneficiar a actores como Rusia, Irán o los aliados regionales de éstos. No obstante, también confían en que la toma de posesión de Trump active el sistema de pesos y contrapesos que caracteriza a la política en Estados Unidos y a que el Congreso y el Senado impongan un cierto continuismo en las relaciones bilaterales.

Las autoridades saudíes, por su parte, consideran que Trump podría adoptar un enfoque pragmático en su aproximación hacia la región y se muestran optimistas ante algunos de los nombramientos de puestos clave en la futura Administración estadounidense. Rex Tillerson, antiguo Director Ejecutivo de Exxon, escogido por Trump como próximo Secretario de Estado, ha cultivado durante años relaciones de amistad con líderes de países productores de petróleo como Arabia Saudí. Por su parte, el próximo Secretario de Defensa, el General James Mattis, es un firme defensor de profundizar la relación con Arabia Saudi en aras de garantizar la estabilidad regional. En el improbable caso de un giro brusco de las relaciones bilaterales, Arabia Saudí podría apostar por fortalecer la relación con China y Rusia, países con los que ha redoblado sus relaciones en el curso de los últimos años y apostar, en el plano regional, por una Unión del Golfo de la que ya se han sentado las bases en la reciente Cumbre de Manama de diciembre de 2016. En este sentido debe recordarse que el 7 de octubre de 2016, Arabia Saudí y China decidieron dejar de lado el dólar en sus intercambios comerciales, inaugurando así una nueva etapa en las relaciones entre ambos países.

Referencias Bibliográficas

- Adel Abdel Ghafar (2016), 'Saudi Arabia's McKinsey reshuffle', Brookings Institute.
- Ahmed Al Omran (2013), 'Saudi activists silenced and the U.S. is silent', Foreign Policy
- Andrew Scott Cooper (2012), The Oil Kings: How the United States, Iran and Saudi Arabia Changed the Balance of Power in the Middle East, Simon & Schuster.
- Ali Al Ahmed (2016), 'Saudi King to Abdicate to Son', Gulf Institute.
- ASDA'A Burson-Marsteller (2016), 'Arab Youth Survey 2016' <http://www.arabyouthsurvey.com/en/home>
- Bernard Haykel (2013), 'Gulf Analysis Paper: Saudi Arabia and Qatar in a Time of Revolution', Center for Strategic & International Studies.
- Carlotta Gall (6 de diciembre 2016), 'Saudis Bankroll Taliban, Even as King Officially Supports Afghan Government', International New York Times
- Caryle Murphy (2013), A Kingdom's Future: Saudi Arabia Through the Eyes of Its Twenty-somethings, Wilson Center.
- Centre delàs d'Estudis per la Pau (informe núm. 29, noviembre 2016) Exportacions Espanyoles D'armament 2006-2015 - Armes Espanyoles Utilitzades En Conflictes D'orient Mitjà
- Dave Eggers (2012), A Hologram for the King, McSweeney's
- David Pollock (14 octubre 2014), 'ISIS Has Almost No Popular Support in Egypt, Saudi Arabia, or Lebanon', Fikra Forum.
- Eckart Woertz (noviembre 2013), 'The Domestic Challenges in the Saudi Energy Market and their Regional and Geopolitical Implications', Norwegian Peacebuilding Resource Centre Policy Brief.
- Eduard Soler i Lecha y Luciano Zaccara (2009), 'Arabia Saudí: familia, religión, ejército y petróleo', en Ferran Izquierdo (ed.), Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo, Fundación Cidob
- Fatiha Dazi-Héni (enero-marzo de 2016), 'Que change au Moyen- Orient la nouvelle diplomatie du roi Salman?', Moyen-Orient n. 29.
- Fatima Ayub (2013), 'What does the Gulf think about the Arab Awakening?', ECFR.
- Gassan Al-Kibsi, Jonathan Woetzel, Tom Isherwood, Jawad Khan, Jan Mischke, and Hassan Noura (diciembre 2015), 'Report - Moving Saudi Arabia's economy beyond oil', McKinsey Global Institute.

Glada Lahn and Paul Stevens (2011), 'Burning Oil to Keep Cool: The Hidden Energy Crisis in Saudi Arabia', Chatham House

Glada Lahn, Paul Stevens y Felix Preston (2013), 'Saving Oil and Gas in the Gulf', Chatham House.

Hazem Beblawi y Luciani Giacomo (1987), *The Rentier State*. Croom Helm and the Istituto Affari Internazionali.

Human Rights Watch, 'World Report 2015: Saudi Arabia'

ICEX (2015), 'Relaciones Bilaterales España-Arabia Saudí'

IMF (2015), 'Saudi Arabia: Tackling Emerging Economic Challenges to Sustain Growth'

IMF (octubre de 2015), 'Saudi Arabia. Selected Issues', IMF Country Report No. 15/286,

Inmaculada Szmolka (2012), 'Factores desencadenantes y procesos de cambio político en el mundo árabe', *Revista CIDOB*. Yaroslav Trofimov (2007), *The Siege of Mecca: The 1979 Uprising at Islam's Holiest Shrine*, Anchor.

Jeannie Sowers (2014), 'Water, Energy and Human Security in the Middle East', *Middle East Report* 271.

John Sfakianakis (2013), 'Oil Kingdom', *Foreign Policy*.

John Sfakianakis (2014), 'Saudi Arabia's Essential Oil: Why Riyadh Isn't Worried About the US Gas Revolution', *Foreign Affairs*.

Jonathan Schanzer (2014), 'An Edge in the Desert', *Foreign Policy*.

Julia Miles (2015), *The Ambassador's Wife's Tale*, Eye books.

Karen Elliott House (2012), *On Saudi Arabia: Its People, Past, Religion, Fault Lines—and Future*, Vintage.

Keith Johnson (2014), 'Running on Empty: Why Unbridled Oil Consumption in the Middle East Could Pose a Threat to the Region and Beyond', *Foreign Policy*.

Kristian Coates Ulrichsen (2013), 'Domestic Implications of the Arab Uprisings in the Gulf', in Ana Echagüe (editora), *The Gulf and the Arab Uprisings*, FRIDE.

Madawi Al-Rasheed (2002), *A History of Saudi Arabia*, Cambridge University Press.

Madawi Al-Rasheed (2007), *Contesting the Saudi State: Islamic Voices from a New Generation*, Cambridge University Press.

Madawi Al-Rasheed (2016), *Muted Modernists: The Struggle Over Divine Politics in Saudi Arabia*, Oxford University Press.

Malcolm Kerr (1964), *The Arab Cold War: Gamal 'Abd al-Nasir and His Rivals, 1958-1970*, Oxford University Press.

Marc Lynch (2013), 'America's Saudi Problem', *Foreign Policy*

Mishary Alnuaim (octubre 2013), 'The Composition of the Saudi Middle Class: A Preliminary Study', *Gulf Research Center*.

Muhammad Al-Atawneh (2009). 'Is Saudi Arabia a Theocracy? Religion and Governance in Contemporary Saudi Arabia'. *Middle Eastern Studies* 45.5.

Nasser Arrabyee (2016), 'Saudi Arabia's Unholy War', *Carnegie Endowment for International Peace*.

Nawaf Obaid (2014), 'A Saudi Arabian Defense Doctrine: Mapping the Expanded Force Structure the Kingdom Needs to Lead the Arab World, Stabilize the Region, and Meet its Global Responsibilities', *Harvard Kennedy School: Belfer Center for Science and International Affairs*

Neil Patrick (2016), 'Saudi Arabia's Problematic Allies Against the Houthis', *Carnegie Endowment for International Peace*.

Neil Patrick (editor) (2016), *Saudi Arabian Foreign Policy: Conflict and Cooperation*, I.B.Tauris & Co Ltd

Nicholas Kulich y Mark Mazzetti (27 diciembre 2016), 'Saudi Royal Family Is Still Spending in an Age of Austerity', International New York Times

Olivier Roy (2010). *Holy Ignorance: When Religion and Culture Part Ways*, Columbia University Press.

Othman Al-Rawaf (1981). *The Concept of Five Crises in Political Development: Relevance to the Kingdom of Saudi Arabia*, PhD thesis. Duke University.

Pascal Menoret (2003), *L'énigme saoudienne. Les Saoudiens et le monde, 1744-2003*, La Découverte.

Paul Aarts y Carolien Roelants (2015), *Saudi Arabia, a Kingdom in Peril*, Hurst.

Philippe Fargues (2015), 'Immigration vs. Population in the Gulf' en Luigi Narbone y Martin Lestra (editores), *Gulf Monarchies Beyond the Arab Spring*, Robert Schuman Centre for Advanced Studies.

Robert Lacey (1981), *The Kingdom*, Harcourt Brace Jovanovich, Inc.

Robert Lacey (2009), *Inside the Kingdom*, Penguin Books.

Robert Vitalis (2007), *America's Kingdom: Mythmaking on the Saudi Oil Frontier*, Stanford University Press.

Sarah Yizraeli (2012), *Politics and Society in Saudi Arabia: The Crucial Years of Development, 1960-1982*, Columbia University Press.

Steffen Hertog (2011), *Princes, Brokers and Bureaucrats (oil and the state in Saudi Arabia)*, Cornell University Press

Tarek Osman (13 noviembre 2013), 'The Saudi Spring?', Project Syndicate.

Thomas W. Lippman (2012), *Saudi Arabia on the Edge: The Uncertain Future of an American Ally*, Potomac Books Inc.

Toby Matthiesen (2013), *Sectarian Gulf: Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab Spring That Wasn't*, Stanford University Press.

Vali Nasr (2006), *The Shia Revival: How Conflicts Within Islam Will Shape the Future*, Norton.